





SOCIALES  
en DEBATE 05

# Cultura social *del* **DÓLAR**

Alejandro Kaufman

Mariana Luzzi

Ariel Wilkis

María Soledad Sánchez

Alejandro Bercovich

Alejandro Rebossio

Alejandro Gaggero

Pablo Nemiña

Sebastián Ackerman

Esteban Ackerman

**25** **UBA Sociales**  
ANIVERSARIO **PUBLICACIONES**

Alejandro Kaufman

Cultura social del dolar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Facultad de Derecho y Ciencias Sociales - Departamento de Publicaciones, 2013.

88 p. : il. ; 20x20 cm. - (Sociales en debate; 5)

ISBN 978-987-95774-8-6

1. Ciencias Sociales. 2. Estudios Culturales.

CDD 306

Fecha de catalogación: 29/08/2013

Material elaborado por la Secretaría de Proyección Institucional  
Área de Intervención Pública - Área Publicaciones  
Facultad de Ciencias Sociales - UBA  
Marcelo T. de Alvear 2230 - 6 piso  
4508-3800 int.187 - public@sociales.uba.ar

Subsecretaria de Publicaciones: Natalia Romé  
Directora de la Colección: Luciana Strauss  
Coordinador Área de Intervención Pública: Matías Palacios  
Diseño y maquetación: Gabriela Brunetti  
Corrección: Ricardo M. Rodríguez

Agradecemos a la editorial Aguilar la sesión de los derechos por el fragmento publicado en este volumen de *Estoy verde. Dólar, una pasión argentina*, de los autores Alejandro Bercovich y Alejandro Rebossio.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

## SUMARIO

---

<b>Presentación</b>	01
Dólar: desterritorialización y arraigo <b>Alejandro Kaufman</b>	03
Economía y cultura en las interpretaciones sobre los usos del dólar en la Argentina <b>Mariana Luzzi</b>	11
Más allá de los estereotipos: sociología del dinero, dólar y mundo popular <b>Ariel Wilkis</b>	21
Tres desmentidas sociológicas sobre el mercado del dólar blue <b>María Soledad Sánchez</b>	29
El submundo de las “cuevas” <b>Alejandro Bercovich y Alejandro Rebossio</b>	39
El origen de la dolarización inmobiliaria en la Argentina <b>Alejandro Gaggero y Pablo Nemiña</b>	47
El dólar, de Perón a CFK <b>Sebastián Ackerman y Esteban Ackerman</b>	59



SOCIALES  
en DEBATE 05

Presentación

---

05





## Presentación

---

Dólar rúcula, dólar lechuga, dólar blanco, dólar *blue*, dólar *green*, dólar negro, el dólar de los arbolitos y de las cuevas... Tan sólo un repaso veloz por algunos de los múltiples eufemismos utilizados en el último tiempo para nominar a la moneda extranjera basta para considerar la potencia heurística de las Ciencias Sociales en la comprensión de un fenómeno que muchas veces, desde el sentido común y algunas visiones dominantes, es relegado a los análisis de economistas expertos en política monetaria. Sin subestimar la relevancia de las discusiones acerca de devaluaciones posibles, deseables o reales, así como de las intervenciones del Estado en el mercado cambiario, es notable cómo el debate público sobre este tema traspasa, desde hace tiempo, las fronteras de la disciplina económica.

Las manifestaciones del malestar que produce su prohibición, sobre todo a partir de las restricciones a la compra de moneda extranjera que comenzaron a regir en la Argentina desde fines de 2011, despierta interrogantes en escritores, periodistas, sociólogos, comunicólogos y antropólogos. En este sentido, análisis y debates sociales profundos sobre la cuestión del dólar en la Argentina, que enriquezcan y amplíen las lecturas de coyuntura, al tiempo que planteen perspectivas alternativas a las sugeridas por el *mainstream* de la economía ortodoxa, habilitan una serie de interrogantes: ¿Cuán profundo ha penetrado la *cultura social del dólar* en nuestra sociedad? ¿Cuáles son los sentidos y usos que distintos sectores sociales le otorgan a la moneda norteamericana? ¿En qué medida las políticas públicas contribuyeron a la dolarización de la economía, la cultura y la sociedad argentina? ¿Cuál es la génesis histórica del proceso de dolarización? En este marco, el 5° título de la serie *Sociales en debate*, dedicado

a la *Cultura social del dólar*, presenta desde miradas filosóficas, sociológicas, culturales y/o históricas reflexiones y análisis originales de investigadores, docentes y periodistas.

El volumen se compone de siete artículos. Desde un abordaje filosófico, Alejandro Kaufman reflexiona sobre el lenguaje utilizado para referirse a la problemática del dólar en el ámbito público. Mariana Luzzi, a partir de una perspectiva sociológica y antropológica analiza el persistente uso del dólar en la economía argentina. Por su parte, Ariel Wilkis, desnaturaliza el estereotipo por el cual se asume una desconexión entre la moneda norteamericana y el mundo popular. María Soledad Sánchez, problematiza algunas concepciones sobre el mercado del *dólar blue*. Los periodistas Alejandro Bercovich y Alejandro Rebossio presentan un fragmento de su reciente libro *Estoy verde. Dólar, una pasión argentina*, en el cual despliegan un relato minucioso de su inmersión en el submundo de las “cuevas”. Alejandro Gaggero y Pablo Nemiña, analizan cuándo y cómo se gestó el proceso de dolarización del mercado inmobiliario en la Argentina. Por último, Sebastián y Esteban Ackerman realizan un recorrido histórico desde Perón a CFK, que aborda el lugar que ocupa, el dólar en la estructura económica del país, así como su configuración ideológica.

Con este nuevo título de la colección, el Área de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires espera contribuir en la promoción de un necesario debate público, aportando el capital intelectual de sus investigadores y generando espacios de encuentro e intercambio para la reflexión con los distintos actores involucrados en este campo.

# SOCIALES en DEBATE 05

## **Dólar:** desterritorialización y arraigo

Alejandro KAUFMAN

INVESTIGADOR DEL INSTITUTO GINO GERMANI. DOCENTE DE LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES (UBA) Y DE LA  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES.



Inútil sería ceder a la tentación de decir algo como “necesitaríamos disponer, crear o discutir un lenguaje común, público, político, acerca de la economía”, aun cuando no cejáramos en el afán por ir en busca de esa lengua utópica. Entonces podríamos trazarnos una meta más modesta: compartir la procura, la exigencia, el anhelo de una lengua sobre la vida en común que nos permita apropiarnos e intervenir sobre lo que llamamos economía. No es cuestión de solicitar el dominio de lo *común* o de una lengua empática para eludir el fárrago *técnico*. La institución de lo público, cualquier expectativa mínima respectiva, renuncia de antemano a practicar traducciones entre lo irreductible técnico y lo público común. Así, en cualquier orden cognitivo. Nuestras expectativas alientan una convivencia tensa y en fricción pero de algún modo coordinada entre las esferas inaccesibles de la técnica para el común y la *comunicación*. Sin una coordinación semejante, que resulta no obstante improbable e infrecuente, sólo queda intervenir sobre las multitudes de maneras persuasivas rústicas.

En las sociedades multitudinarias, aquello que antiguamente había sido imaginado como un “gran animal”, el gran número, desborda de manera concluyente los límites de la imaginación. En la actualidad, eso que llamamos economía —y que hoy es sinónimo de capitalismo— alude, además de sus previsible especificidades, a la ciencia social de las relaciones entre las multitudes y el futuro. El *capitalismo* constituye la materialidad de su poder sobre la apropiación del futuro. El tiempo porvenir está inscripto en la etimología de la categoría del trabajo: el sufrimiento infligido no mantenía su eficacia solo por su uso efectivo, sino como amenaza. De lo que trata la economía es del miedo al porvenir, allí cuando la materialidad del poder se conquista por la competencia en la apropiación de los *futuros*. Y es que se nos expone no sólo a la amenaza del sufrimiento sino a la extorsión impuesta por lo fructivo del consumo, que es obligatorio. La trama inextricable entre miedo a la desocupación y seducción del consumo constituye la subjetivación totalitaria que enhebra nuestras relaciones sociales. Felicidad obligatoria bajo pena de cancelación vital.

Asistimos a una coyuntura relativamente prolongada durante la cual un rasgo decisivo y contrahegemónico de los populismos se define por la instauración del presente. Al oponerse a situaciones de gran detrimento se eleva un margen objetivo para el presente. La distribución relativa de la riqueza y el mejoramiento de las condiciones materiales de las multitudes configura un estado de cosas patente que permite, en lugar de prometer, referir a lo realizado. Ello vacía de referencias a las oposiciones políticas ya que, aun para formular lenguajes anticapitalistas, se ven acorraladas por el compromiso con la promesa, con la remisión al futuro, contrapuestos a concreciones irreductibles. Podría conjeturarse que en esa situación dilemática reside al menos una de las razones por las que los populismos son proclives a ser enfrentados —de manera destituyente— por izquierda y por derecha: porque lo patente de las condiciones materiales efectivamente alcanzadas es lo que en términos prácticos define una institucionalidad realmente existente, sostenida por tramas territoriales, sistemas de lealtades, compromisos concretos.

La lucha política se dirime en el orden simbólico, en la erosión de las percepciones, los registros comparativos, las memorias. Como en ningún otro lado, entre nosotros puede definirse el populismo como una memoria de concreciones, como una fundación experiencial del presente. Es una memoria que remite a cuando en lugar de promesas se experimentaba la actualidad. Entonces no es como promesa que sobrevive el ave fénix del movimientismo populista sino como recuperación de un presente perdido. Nuestro puñado de artistas —de manera ejemplar Daniel Santoro, Leonardo Favio— cimentaron sus obras sobre esa subjetividad colectiva perdida y sobreviviente.

Cuando no se dispone ya del recurso al golpe de Estado militar, la lucha por los significados se introduce en los intersticios del movimientismo. Entre nosotros la convertibilidad fue la forma en que se popularizó el dólar, ese del que el líder populista había preguntado a la multitud “¿acaso alguien vio un dólar?” El noventismo popularizó el dólar, y del mismo modo que en la dictadura, asentó la expropiación generalizada de las multitudes en un acceso efímero y engañoso al consumo (no obstante que no otra cosa sea en general el consumo: efímero y engañoso aun en el mejor de los casos).

En la era digital y global, la moneda experimenta cambios exponenciales en sus temporalidades, alcances y disipación. Seguramente asistimos al umbral de nuevos lenguajes, aunque solo los anhelamos por ahora para el desempeño público, en tanto disponemos de ellos en el orden esotérico, especializado. Ello sucede a la vez que conservamos formas discursivas arcaicas que, al exponerse a la luz

deberían deshacerse como algunos hallazgos arqueológicos, de esos que no resisten el descubrimiento y se pulverizan al extraerlos de las profundidades. Así sucede con viejas dicotomías como naturaleza/cultura o como ciencia/técnica. No estamos en condiciones de prescindir de ellas, pero es perentorio asumir la responsabilidad por su caducidad. Es que si la moneda se volatiliza como una premonición fantasmal de un futuro imposible en el que todos pierden salvo una minoría ultramillonaria hasta el extremo más escandaloso de la obscenidad, algo correlativo sucede con la materialidad entendida en su sentido categorial, ontológico. El entorno que habitamos no está más constituido del modo que aprendemos en la escuela. En las pantallas que la técnica destina al manejo del mundo la materialidad adquiere análogos contornos fantasmales. No hay suelo sobre el que sostenerse con la certidumbre que los antiguos navegantes hallaban al tocar tierra. Nos hemos vuelto navegantes de la tierra firme, que nos acosa con huracanes y maremotos. Para una mirada atenta la pesca en alta mar y la minería comienzan a adoptar semejanzas impensables hace algunos años. Nuestros cuerpos hace rato que ya no están limitados por la piel. Transitamos una gran mutación de la existencia y de la materialidad, y a la vez habitamos nuestras lenguas seculares, con las que a duras penas enfrentamos lo que se nos viene al cruce, y que por añadidura, es resultado de nuestra propia acción colectiva como especie.

Antes que al pesimismo, palabras como las aquí expuestas intentan invocar la cautela, la prudencia y la lucidez antes que las urgencias que parecen ineludibles y en cambio esconden sus propósitos inconfesables, ya que se presumen como instancias de lo real, cuando son más bien instrumentos de lucha por el poder, por el dominio de la contingencia.

Cierto que gobernar y discutir sobre lo político en el orden de lo común requiere poner en discusión los lenguajes, las narraciones, las representaciones, mientras que la propia inmersión en la esfera pública, o lo que sea que se represente por esa categoría, distorsiona, devalúa, deflaciona cualquier esfuerzo por simbolizar, por significar, reduciéndolo a la trivialidad, la espectacularización y la violencia simbólica.

Se necesita no perder de vista que lo dicho públicamente no remite tantas veces al significado literal sino a la performación de un estado de cosas sustentado por la viabilidad propia del mensaje. Una cohorte de economistas que transite por el espacio público formulando tecnicismos conducentes a catástrofes no tiene mucho que ver con científicos que debaten sobre sus conocimientos técnicos, sino con eufemismos cuya sola prosecución confiere la certificación de su eficacia en las determinaciones de los acontecimientos. Es ello lo que lleva a que se puedan reducir sueldos o dejar que se suiciden jubilados ante multitudes azoradas, aplastadas por la desmoralización. Por la misma razón, la mera recuperación relativa e insuficiente de condiciones materiales, por incompletas que sean, tiene el valor de institucionalizar una condición de politicidad que no tiene que ver con frases relevadas de lecturas llanas sobre la vida política, sino con un empoderamiento de las multitudes. ¿Cómo combatirlo desde los intereses dominantes cuando durante décadas renunciaron a las formas políticas de la institucionalidad democrática? Allí es cuando se prosigue con los mismos recursos, aunque por otros métodos. Si la amenaza no es viable mediante la represión, mediante el uso del monopolio estatal de la fuerza, entonces quedan los métodos de imposición del miedo, la extorsión de las multitudes empujándolas al terror. Estamos tan habituados a vivir en atmósferas de angustia constante que nos hemos vuelto adictos al maltrato, algo típico de las asimetrías sostenidas por violencias vinculares, de carácter verbal, simbólico, representacional. No hemos logrado remontar ese obstáculo. Los oponentes han sabido mantenerse en sus posiciones, a pesar de los esfuerzos realizados.

“Todos los días nos invaden los marcianos”, decíamos hace ya cinco años. Y no hemos salido de esa situación, aunque bastante ha cambiado. Si no fue tanto es menos por la magnitud de los esfuerzos realizados que por lo formidable que se enfrenta. Las palabras del poder, que lo son del poder porque no hemos logrado contraponerles otras palabras: “inseguridad”, “inflación”, “enriquecimiento ilícito”, “pobreza”, “libertad de expresión”; todas ellas remiten en forma densa al pánico moral, a la conducción de las multitudes hacia laberintos de angustia, extravío, incertidumbre. Todas ellas describen en forma cifrada operaciones llevadas a cabo por los intereses dominantes y reproducidas al mismo tiempo que se simula denunciar todos los males que habría que superar, y que aun algunas de las fuerzas políticas más díscolas han incorporado a su vocabulario con resultados indelebles. Todas esas palabras ocultan la única expresión decisiva para la discusión radical, de raíz, sobre la política, que es la discusión en cualquier grado, hasta cualquier punto, siempre que no se consienta con la mistificación, del enriquecimiento ilícito. La política en el capitalismo tal como se desenvuelve en la actualidad es el debate público sobre la producción de riqueza y sobre todas sus consecuencias y sobre ninguna otra cosa. El gran miedo repro-



ducido a cada momento, a cada instante, en cada lugar, asfixia, quita el aliento, acalla las voces y oprime los pensamientos. Llamamos libertad de expresión a la impunidad que tienen poderes concentrados para inducir pánico en las multitudes, sin que atinemos de manera eficaz a ponerles limitaciones. No es libre el espectador en el teatro colmado de gritar “fuego”, pero en nuestras pantallas arden las alarmas las 24 horas, transitando el ánimo colectivo por períodos de inquietudes, en mayor o menor grado.

Así, el “dólar” no ha fungido meramente como aquello que describen los economistas, a quienes se les dispensa por utilizar un lenguaje psicosocial que remite a los estados mentales multitudinarios, aunque en forma entreverada y omitida: “hábito de pensar en dólares”, dicen. No se pone aquí en cuestión el dominio cognitivo de la economía sobre los comportamientos, sino las derivas conversacionales en el orden público, que confieren a los datos un supuesto determinismo que es más bien parte del “hábito” dolarizador o inflacionario.

Una condición fundamental de la institución de la sociedad —pero no de *cualquier* sociedad, sino de la *nuestra*— es lo que podríamos llamar aquí “gestión colectiva del miedo”, que no tiene relación alguna con lo que objetivamente suceda. Al contrario, cuantas más razones *objetivas* puedan justificar el miedo, más decisivo es que las multitudes sean gobernadas para no sucumbir al peligro. Nuestra historia reciente se destaca exactamente por lo contrario hasta extremos inusuales y singulares, que no advertimos —aunque lo hacemos más que antes— porque estamos inmersos en ellos y sólo alejando la mirada por un instante resulta posible acomodarse a la imagen que se forma, que resulta inquietante por lo abusivo de nuestros hábitos colectivos en lo que concierne a la interlocución.

La remisión al miedo puede ser organizadora de un colectivo social cuando conduce a la gobernabilidad, por más que ningún ánimo de democracia popular o de izquierda querría nunca optar por tal camino —con razón—. Pero es lo que sucede en la historia política cuando el peligro es real o ficticio. La conducción de las multitudes hacia un propósito es lo destinado al cuestionamiento crítico democrático, que requiere siempre el recurso máximo a la verdad pública. El razonamiento político tiene a esas conducciones como premisa de su abstracción, y es por ello que reflexionar —no meramente

enunciar— sobre lo destituyente requiere poner en cuestión tal premisa. Nuestro conflicto sociopolítico cuenta con una contradicción entre la institucionalidad realmente existente, afín a intereses populares, y los intereses dominantes, no sustentados por las premisas instituyentes que proclaman hasta el hartazgo, sino por todo lo contrario, por la disolución de multitudes sustentadas por condiciones materiales de reproducción de la existencia en favor de su desagregación pánica.

Todavía es la modalidad prevaleciente, aunque es cierto que hay indicios empíricos de cambio en este sentido, congruentes con que un muy prolongado estado de estrés colectivo puede perder eficacia para lo que pretenden quienes lo provocan.

Asistimos a una acción de desterritorialización de las multitudes. Trato que se les confiere como correlato del propio cosmopolitismo socio económico cultural con que se autoperciben nuestros enriquecidos lícitos. Mientras que ellos, tenedores de la tierra y los activos financieros se ven a sí mismos como partícipes de la *pax americana*, para lo cual el dólar es carta de ciudadanía, consideran a gran parte de la población argentina como *prescindible, susceptible de cancelación*. De otro modo es imposible explicar cómo modestos progresos igualitarios ocasionan destrozos morales de la magnitud a la que asistimos. Navaja de Occam mediante, las clases dominantes y sus súbditos ideológicos de otras clases asientan su bienestar moral en la compasión hacia la pobreza, a la vez que odian hasta la muerte cualquier mejora que esa pobreza tan lamentada podría alcanzar. Todo ello en alianza con las subjetividades políticas que, al no conseguir sustraerse a una episteme política de futuros, promesante, no pueden sino rechazar la materialidad efectivamente constituida por ver en ella su propia fragilidad política.

La metáfora de la batalla cultural contra el hábito dolarizador podrá resultarnos filosófica o literariamente insuficiente. Sin embargo, las intuiciones que la guían proceden de un compromiso con la igualdad y la justicia que no resulta desmentido —aun con sus limitaciones, contradicciones y máculas morales— en lo realmente existente (¿hace falta recordar la grisácea coloración que conlleva esta expresión, “realmente existente”?). En suma: crítica radical del capitalismo, concesión coyuntural sobre bases materiales efectivas; paráfrasis del pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad. Dilemas que en definitiva alientan al populismo, al nuestro.

**Economía y cultura**  
en las interpretaciones sobre los  
usos del dólar en la Argentina

Mariana LUZZI

DOCTORA EN SOCIOLOGÍA DE LA ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES. INVESTIGADORA DOCENTE EN  
EL ÁREA DE SOCIOLOGÍA DEL INSTITUTO DE CIENCIAS, UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SARMIENTO.



Para la teoría económica, la moneda es un instrumento neutral destinado a facilitar los intercambios entre distintos individuos o unidades económicas. Si todo va bien, ese instrumento debe desempeñar cuatro funciones diferentes: ser unidad de cuenta, medio de pago, medio de cambio y reserva de valor. La identificación de esas funciones es la base para la definición conceptual de la moneda, y también para la evaluación de las monedas realmente existentes: aquellas que cumplan con todas las funciones serán consideradas fuertes o sanas, aquellas incapaces de desempeñarlas todas, serán débiles o incluso enfermas.

La sociología y la antropología conciben al dinero –y por extensión a las monedas–, de un modo distinto: se trata, ante todo, de hechos sociales. Esto significa que, más allá de su existencia objetiva (como monedas, billetes, asientos bancarios u otros), el dinero es siempre la expresión de relaciones sociales. Y lo es al menos en dos sentidos: son lazos sociales los que dan existencia a ese objeto con capacidad para operar como equivalente general y son también lazos sociales los que a través de su uso se crean, recrean y transforman constantemente.

En consecuencia, cómo, cuándo y para qué se use el dinero o se elija una moneda u otra no es una cuestión puramente instrumental, sino que responde a los modos en que diferentes relaciones sociales se tejen en distintos momentos y lugares, dando lugar a prácticas plurales y configuraciones sociales distintas.

Es desde esta perspectiva que proponemos abordar la cuestión del persistente uso del dólar en la economía argentina.

## ¿Economía vs cultura?

Desde finales de 2011, cuando comenzaron las restricciones a la compra de moneda extranjera, el lugar del dólar en la economía argentina ha vuelto a ser tema privilegiado de debate en diferentes

escenarios, y muy particularmente en los medios de comunicación. Periodistas especializados en economía, funcionarios públicos, economistas, politólogos y otros profesionales convocados en calidad de expertos son las voces de una discusión que rápidamente se estructuró en torno de una constatación: la preferencia de los argentinos por el dólar no es sólo una cuestión económica, sino también —y, para algunos, sobre todo— un “problema cultural”.

Aunque en realidad nadie aventura una definición precisa del problema, éste parece tener más bien las características de una patología: “trastorno obsesivo compulsivo (TOC) con el dólar”; “psicosis verde”; “elemento folklórico nacional y obsesivo”; “fiebre del dólar” son algunas de las expresiones más utilizadas para designarlo. La persistencia del fenómeno a lo largo del tiempo, su carácter recurrente y sobre todo su irracionalidad son los elementos que justifican aquella designación: después de varias décadas, una parte importante de la sociedad argentina ahorra en dólares, tanto dentro como fuera de los bancos. Inicialmente lo había hecho como forma de proteger el valor de sus ingresos frente a elevados índices de inflación, pero no dejó de hacerlo durante períodos de estabilidad. Más aún, esa práctica se prolonga hoy, cuando —crisis internacional mediante— el dólar ya no representa la más rentable de las alternativas de inversión posibles. En síntesis, para quienes defienden esta tesis, la preferencia por el dólar ya no es un comportamiento racional. Y si no es racional, entonces, no es económico. Es cultural.

Karl Polanyi consideraba que el esfuerzo —relativamente exitoso— del liberalismo por desencastrar a la economía de las relaciones sociales que la producían y contenían había sido la gran transformación de la modernidad. Pero al mismo tiempo señalaba que ese esfuerzo estaba, en última instancia, destinado al fracaso: no sólo porque desde el inicio de ese proceso la sociedad había ofrecido resistencia frente al dominio creciente del mercado autorregulado, sino, fundamentalmente, porque la economía nunca podría autonomizarse por completo de la sociedad (Polanyi, 2001).

La visión de una economía desanclada de las relaciones sociales ha sido, sin embargo, una ilusión poderosa y persistente. Ella se expresa, por ejemplo, en alternativas como la que presentan hoy los debates sobre el dólar: ¿son factores económicos o culturales los que explican la dolarización?

Contra lo que la ciencia económica suele pensar, las relaciones sociales —y las representaciones que ellas producen— son constitutivas de la acción económica. No se trata entonces de plantear una disyuntiva (¿economía o cultura?) sino, más bien, una conjunción: ¿qué tipo de cultura de la economía produce determinadas prácticas y dónde tiene su origen histórico y social?

## Cálculos y racionalidades

Para quienes entienden la dolarización de las prácticas económicas como un problema cultural, la persistencia de la preferencia de los argentinos por el dólar es irracional. ¿Cuál es el criterio en que se funda esa caracterización? Esencialmente, la existencia de alternativas de inversión más rentables que el dólar. Ahora bien, ¿cómo se evalúan esas alternativas? ¿Para quiénes? ¿En qué marco temporal?

Los actores sociales que participan de la demanda de dólares en la Argentina son múltiples. Empresas multinacionales que giran utilidades a sus casas matrices, importadores de diverso tipo, empresarios locales que fugan ganancias al exterior evadiendo obligaciones fiscales, redes de contrabando y otros negocios ilegales, profesionales y asalariados de niveles medios y altos que compran dólares para atesorar en sus casas o en las cajas de seguridad de los bancos, personas que viajan al exterior o que quieren comprar una vivienda (cuyo mercado está dolarizado desde hace casi 40 años) e inmigrantes que envían remesas a sus países de origen son algunos de los más visibles. No todos pesan de igual modo en el volumen general de la demanda y, sobre todo, no todos buscan los dólares para los mismos fines, ni en los mismos circuitos, ni con la misma frecuencia, ni con igual información ni tampoco haciendo los mismos cálculos.

Si se acepta la existencia de estas diferencias entre actores es preciso reconocer también que las alternativas al dólar no son siempre las mismas, ni están igualmente disponibles para todos. Aun si pensamos en el universo de quienes recurren al dólar como forma de inversión, las diferencias son notables. En 2012, un estudio realizado por dos economistas de la UBA (Malic y Asiain, 2012) concluyó que, si se consideraba el período iniciado en 2003, la compra de dólares había sido la peor alternativa de inversión para los pequeños ahorristas argentinos. La conclusión era el resultado de comparar los rendimientos nominales en 2012 de tres inversiones hipotéticas realizadas en 2003: en dólares, en plazo fijo y en acciones líderes. ¿Cuáles son las premisas que se encuentran detrás de un ejercicio de este tipo? En primer lugar, que se trata de alternativas de inversión igualmente disponibles para todos los agentes (en este caso, los pequeños ahorristas); en segundo, que la evaluación de la rentabilidad potencial comparada es el elemento central en la decisión de inversión de estos actores; en tercero, que el horizonte temporal sobre el que se proyecta una inversión se conoce de antemano.

Sin embargo, estas premisas no se verifican necesariamente. En primer lugar, colocar dinero en un plazo fijo o comprar acciones son operaciones necesariamente mediadas por el sistema financiero; comprar dólares para su atesoramiento debajo del colchón, no. Al mismo tiempo, la inversión en los mercados de acciones exige un mínimo de conocimientos sobre el funcionamiento de las finanzas que no todas las personas con capacidad de ahorro poseen o pueden fácilmente adquirir. En segundo lugar, entre los múltiples criterios que inciden en las decisiones de inversión no sólo se encuentra la evaluación de la rentabilidad, sino también (y entre otros) la de los riesgos. En un país con una historia reciente marcada por distintos episodios de congelamiento de depósitos, para muchos ahorristas la intermediación de los bancos puede ser algo que se tiende a evitar, más que a elegir. Finalmente, las evaluaciones que comparan el rendimiento pasado de diferentes inversiones parten de una información que los ahorristas no conocían en el momento de invertir (la evolución en el tiempo de la cotización del dólar, o de las acciones en cuestión). Más aún, asumen como cerrado un horizonte temporal que en aquel momento se encontraba abierto y por lo tanto era difícilmente comparable. Pero además ignoran que, en el caso de los pequeños ahorristas, esa apertura temporal es un rasgo constitutivo de lo que el ahorro representa para muchos de ellos: una forma de resguardo frente a un futuro incierto.

Para Pierre Bourdieu, el homo economicus es una suerte de “monstruo antropológico”, un práctico con cabeza de teórico producido por eruditos que ponen en la cabeza de los agentes que estudian sus propias representaciones sobre las prácticas de aquellos (Bourdieu, 2005). Su alternativa frente a la noción de razón económica contenida en aquel modelo es la idea de que los agentes sociales tienen conductas razonables más que racionales, es decir, pueden llevar adelante prácticas de las que es posible dar cuenta a partir de la hipótesis de la racionalidad, sin que esas prácticas estén fundadas en el cálculo racional (Bourdieu, 1997).

Esa distancia entre razonabilidad y racionalidad (en el sentido en que la entiende la teoría económica) es fundamental para comprender el problema del que nos ocupamos aquí. Ella permite dar cuenta de las formas plurales que asumen las prácticas económicas y de las distintas representaciones a que dan lugar, al tiempo que señala las diferencias entre estas y los modos eruditos de comprensión de la vida económica.

## ¿Cómo se transforman las prácticas?

Según un estudio realizado en 2006 por la Reserva Federal de Estados Unidos la Argentina se encuentra entre los países con mayor circulación de dólares en billetes, con 1.300 dólares por habitante (Zaiat, 2012: 82-83).



La estadística es contundente en tanto permite aproximarse a la magnitud de activos que, sin salir del país, son mantenidos por fuera del sistema financiero –en cajas de seguridad o en el “colchón”. Si a esto se le suma la existencia de una fuga de capitales elevada y persistente, el resultado es un importante nivel de recursos nacionales que no logra ser canalizado hacia el financiamiento de la inversión. Por estos motivos, la desdolarización de las prácticas económicas constituye un objetivo mayor de la política pública. Ahora bien, ¿cómo es posible producir una transformación semejante?

En los últimos dos años, las medidas implementadas por las autoridades apuntaron exclusivamente a cerrar las vías de acceso libre al dólar, eliminando la compra de divisas con fines de atesoramiento y aumentando los controles para la compra para otros propósitos. Sin embargo, tal como lo muestran Alejandro Bercovich y Alejandro Rebossio en un trabajo reciente, el aumento de aquellas restricciones no necesariamente ha forzado una desdolarización de las prácticas económicas (Bercovich y Rebossio, 2013). Al contrario, como en muchos otros casos, el principal resultado de la imposición de una nueva legalidad ha sido la creación de nuevas ilegalidades –incluyendo el estímulo de un mercado de cambio paralelo.

El ahorro en dólares forma parte del repertorio financiero de una parte de la sociedad argentina desde hace cuatro décadas. Es una práctica en la que se han socializado al menos dos generaciones y que, aunque en su origen estuvo indisociablemente ligada al crecimiento de la inflación, con el tiempo fue mostrando cierta autonomía respecto de ella. En ese sentido, su persistencia hoy se explica tanto por la búsqueda de un refugio frente al deterioro del poder de compra del peso, como por su carácter inercial: es una práctica aprendida, que forma parte del repertorio de experiencia de los agentes.

Por estos motivos, para revertirla o desalentarla es necesario algo más que un cambio de normativa. Es preciso, en primer lugar, formular alternativas viables frente a ella. Y para eso resulta indispensable reconocer que no todos los agentes que ahorran en dólares son iguales, ni ahorran con los mismos objetivos, ni tienen idénticas representaciones sobre el ahorro y el dólar. Y si los actores son diferentes, las políticas dirigidas hacia ellos también deberían serlo.

Una de las principales limitaciones para plantear alternativas frente al ahorro en dólares está en el sistema bancario. Si bien los niveles de bancarización aumentaron notoriamente en los últimos 15 años, producto sobre todo de la imposición del pago de haberes a través de cuentas bancarias, el vínculo de una parte importante de los clientes bancarios con las instituciones financieras es muy limitado. A la falta de familiaridad con la inversión financiera se suma también el peso de experiencias pasadas de congelamiento y reprogramación forzada de depósitos, lo cual no necesariamente mantiene a los ahorristas alejados de los bancos pero sí disminuye su disposición para buscar su asesoramiento experto y realizar colocaciones por plazos largos.

En este sentido, la construcción de alternativas al ahorro en dólares no puede ser independiente de una reflexión sobre el sistema financiero y el rol que se le quiere asignar en el desarrollo económico y social. Para todos los casos, pero fundamentalmente para el de los pequeños ahorristas, la construcción de alternativas aceptables al ahorro en divisas depende en buena medida de una reformulación progresiva del funcionamiento del sistema bancario, en la que se garanticen tanto el acceso universal a los servicios financieros como la protección de los usuarios.

Otra de las dificultades para la disminución del peso del dólar en las prácticas económicas está en la dolarización del mercado inmobiliario. Como se ha señalado en repetidas oportunidades, ese rasgo —excepcional en la región— es uno de los principales obstáculos para la desdolarización, en la medida en que el acceso a la vivienda es una de las finalidades primordiales del ahorro de amplios sectores de la población.

Tanto la reformulación del sistema financiero como la desdolarización del mercado inmobiliario son cambios que no pueden producirse de un día para el otro; al contrario, son transformaciones lentas, que el Estado debe encarar como objetivos de largo plazo. Para ello, es preciso que las políticas públicas asuman que el recurso al dólar no es un fenómeno homogéneo, sino el resultado de un conjunto heterogéneo de prácticas económicas realizadas por diferentes actores, en las que se ponen en juego distintas racionalidades y representaciones. Seguramente, el reconocimiento de esa pluralidad no garantice por sí solo el éxito buscado; pero sin él, todo intento de desdolarización parece condenado al fracaso.

## Bibliografía

Bercovich, A. y Rebossio, A. (2013). *Estoy verde. Historia de una pasión argentina*. Buenos Aires, Aguilar.

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas*. Barcelona, Anagrama.

Bourdieu, P. (2005). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires, Manantial.

Malic, E. y Asiain, A. (2012) *El dólar, ¿la mejor opción para el ahorrista?* Cátedra Nacional de Economía.

Arturo Jauretche. <[http://jauretche.weebly.com/uploads/5/9/6/3/5963196/dolar\\_pierde.pdf](http://jauretche.weebly.com/uploads/5/9/6/3/5963196/dolar_pierde.pdf)>, visitado el 19 de julio de 2013.

Polanyi, K. (2001). *La gran transformación*. México, FCE.

Zaiat, A. (2012). *Economía a contramano. Cómo entender la economía política*. Buenos Aires, Planeta.



**Más allá de los estereotipos:**  
sociología del dinero,  
dólar y mundo popular

Ariel WILKIS

DOCTOR EN SOCIOLOGÍA DE LA ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES. INVESTIGADOR DEL CONICET.  
DIRECTOR DE LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA UNSAM. PROFESOR REGULAR DE LA UNSAM Y LA UNL.



Alan Pauls escribió recientemente una novela: *Historia del dinero*. En su lectura encontramos en forma literaria una obsesión. La de los argentinos de clase media por el *cash*, y muy particularmente por el de un color específico, el verde del dólar. La vida psicológica y afectiva de los personajes de Pauls está enhebrada por el dinero. En el relato el componente de clase es central y explícito. La pertenencia a cierta clase media alta tiñe esta historia del dinero que es movilizadora para describir un momento de la historia nacional. La novela propone una combinación entre clase y dinero.

En las ciencias sociales, disponemos de algunos trabajos que han explorado el uso del dinero y de la moneda estadounidense, más específicamente, entre sectores medios. Mariana Luzzi ha explorado al colectivo de ahorristas que protestó en el 2001, Nicholas D'Avella el significado que estos sectores le dan al dólar en relación a la inversión inmobiliaria.

Las controversias en torno a las restricciones cambiarias impuestas por el gobierno a mediados de 2012 y que se prolongan hasta la actualidad están teñidas de un fuerte componente de clase. Las narraciones que relatan las consecuencias del "cepo al dólar" toman como figuras centrales a los miembros de la clase media. Los encontramos frente a las dificultades para viajar al exterior, para participar en el mercado inmobiliario o para atesorar en una "moneda fuerte" sus ahorros. Así, por ejemplo, en una nota previa a estas restricciones leemos que los "argentinos" tienen "amor" por el dólar, pero los testimonios que encontramos no dejan dudas sobre el componente de clase de este amor: leemos la opinión de un licenciado en comunicación o la esposa de un contador (Diario *La Nación*, 6 de noviembre de 2011).

Otras figuras de clase aparecen menos presentes o directamente ausentes reafirmando cierto estereotipo sobre la desconexión entre el dólar y el mundo popular. Esta ausencia parece recordarnos aquella pregunta retórica de Perón. "¿Alguien ha visto un dólar?", se preguntaba el líder político para dejar claro que la moneda estadounidense era cosa de pocos.

La desconexión del dólar de la interpretación del mundo popular es, a nuestro entender, la prolongación de la escasa atención al dinero en ese universo social. Para reponer la primera antes hay que desandar este camino. Ese será el orden de estas breves líneas.

## Una nueva infraestructura monetaria del mundo popular

Los equipamientos conceptuales que los científicos sociales llevan para interpretar el mundo popular pocas veces están centrados en el dinero. Figuras asociadas a la asistencia, la protesta, el clientelismo, suelen tener mayor presencia en los análisis. Sin embargo, una mutación se ha dado en los últimos años que obliga a tomar nota sobre el rol del dinero. Nos referimos a una *nueva infraestructura monetaria del mundo popular*. Esta se ha ido conformando a través de procesos autónomos pero vinculados entre sí. Como la monetización de la política social, la financiarización del consumo popular o la extensión de estructuras y redes de comercialización informal. La transferencia directa de dinero por parte del Estado, la mayor oferta de instrumentos de crédito hacia sectores de bajos recursos o la multiplicación de nodos de consumo como los que se expanden desde el mercado informal de La Salada configuran un escenario nuevo sobre el dinero en la vida popular.

Esta nueva infraestructura monetaria nos ha llevado a tomar en cuenta el dinero como unidad de análisis del mundo popular (Wilkis, 2013). Dejando atrás la poca atención dada tanto por científicos sociales como por otros observadores, encontramos necesario interpretarlo en sus conexiones con la vida familiar, política, religiosa, barrial. Como una pieza necesaria para armar el rompecabezas de la vida popular y sus conexiones con dinámicas económicas locales y transnacionales. Así se puede poner en vinculación con transformaciones del capitalismo financiarizado, conectando las altas y las bajas finanzas, con la lógica de la "globalización desde abajo" (Lins Ribeiro, 2012) que une redes comerciales desde China hasta cualquier barrio del conurbano, o la redefinición impulsada por organismos internacionales de la política social en términos de transferencias monetarias condicionadas.

Georg Simmel a través de su *Filosofía del Dinero* nos acompaña en la redefinición del dinero en la vida popular. Bajo los procesos señalados invitamos a pensar al dinero como el sociólogo alemán: un símbolo colectivo que descifra procesos de integración y sujeción colectiva. ¿Podremos pensar el dólar en esta clave?



## Más allá de los estereotipos

Hace unos cinco años mientras hacía un trabajo de campo en una villa de La Matanza me choqué con mi propio sentido común.

Estaba junto a Lucy, que había llegado desde el Paraguay hacía varios años y habitaba una vivienda de material en la zona “vieja” del barrio. Nuestras conversaciones giraban en torno a sus trabajos como empleada doméstica, la carnicería que supo tener su padre y sobre todo las formas de usar el dinero. Ella era una activa organizadora de los “círculos”, el nombre que recibe una práctica de ahorro colectivo tradicional y muy extendida: varias personas se juntan para poner una suma de dinero que cada semana es retirada por una de ellas. Tandas, Roscas, Círculos; todas denominaciones para una misma práctica que se encuentra en África, Asia o América Latina.

Lucy dinamizaba a sus parientes y amigos para juntar la plata. Había que tener cierta reputación y un respaldo económico para estar a la cabeza de estos grupos. De alguna forma actuaba de garante cuando uno de los miembros del círculo no cumplía con la parte del trato. Ella lo aprovechaba bastante. Coincidió con una de sus vecinas: “Los pobres sacamos ventaja si compramos en efectivo”. El círculo permitía acceder a cierta suma de dinero que evitaba comprar a crédito y así eludir uno de los cepos de la pobreza: el endeudamiento.

Comprar muebles, pagar refacciones de las casas, financiar fiestas de 15, entre otros, eran los usos habituales del dinero del círculo. Sin embargo, aquella tarde en la casa de Lucy otro destino torció nuestra conversación. Hacía varios años que la investigación buscaba conocer las lógicas plurales de la economía popular. Interesaba saber cómo se entrecruzaban lo doméstico, lo político y lo mercantil en la cotidianidad de la vida económica. Aquella tarde un nuevo elemento apareció para pintar un cuadro más complejo de la economía popular. No sólo compuesta por las figuras del asistido o las lógicas de la reciprocidad.

“Yo compro dólares”, dijo Lucy para marcar el destino del dinero que obtenía del círculo. Sus palabras rompían de un solo golpe el molde de cierto estereotipo que desconecta al dólar de la vida cotidiana de las personas de estos barrios de relegación.

Su “ahorro en dólares” no encaja fácilmente en las interpretaciones más habituales sobre esta moneda.

Para Lucy poder ahorrar en dólares no implicaba un repliegue individual sino un revelador de su lugar social. Una continuidad entre su origen migrante y la búsqueda de estrategias para mejorar sus condiciones de vida. Lejos del estereotipo que pinta al dólar bajo el monocorde color de la instrumentalidad para Lucy su uso estaba cargado de distinción.

La “huida hacia el dólar”, paradójicamente, representa uno de los modos de conexión social del dinero. Para Simmel este posibilita la comparación y evaluación entre bienes y personas. Su valor sociológico reside en canalizar el comparativismo en la vida social. Lucy lo usa en ese sentido.

Ella compraba sus dólares cuando recibía la plata del círculo, mientras los otros seguramente lo usaban en consumos “de villero”, según sus palabras, como comprar zapatillas a 600 pesos. Era una manera de seguir mostrándose alejada de los estereotipos de quienes viven en la villa. El dólar la protegía frente a ellos a la vez que le permitía pensarse a distancia de sus vecinos que si lo encarnaban. El “ahorro en dólares” se inscribe en una suerte de economía de la distinción moral. Sumándose, así, a muchas otras dinámicas que organizan el mundo popular basadas en la oposición y comparación entre pobres meritocráticos e indignos.

## Dólar plebeyo

Una sociología del mundo popular contemporáneo no puede dejar de lado las dinámicas monetarias que lo atraviesan. Ciertas mutaciones nos llevan a prestarle atención a este objeto casi ausente en las interpretaciones dominantes sobre este universo social. El desarrollo de una nueva infraestructura monetaria moviliza nuestra atención sobre el dinero. Esta preocupación es un cambio de perspectiva que propone nuevas lecturas. La principal de ellas: pensar al dinero como una unidad de integración y conflicto, de conexión y sujeción social. En esta línea, la exploración de la presencia del dólar en la vida popular (sus significados y usos) todavía es incipiente pero necesaria. Estas breves páginas no han querido más que sugerir este camino, abrir una ventanilla donde observar otras aristas tanto del dólar como del mundo popular.

## Bibliografía

D'Avella, N. (2012). "Pesos, dólares y ladrillos: la espacialidad del ahorro en la Argentina". En *Boletín de Antropología*. Vol. 27, N° 44. Universidad de Antioquia.

Luzzi, M. (2008). "La institución bancaria cuestionada. Actitudes y representaciones de los ahorristas frente a los bancos en el contexto de la crisis de 2001 en Argentina". En *Crítica en desarrollo* N°. 2, pp. 173- 190.

Pauls, A. (2013). *Historia del dinero*. Buenos Aires, Anagrama.

Ribeiro, G. L. (2012). "La globalización popular y el sistema mundial no-hegemónico". En *Nueva sociedad*, N° 241.

Simmel, G. (1977). *Filosofía del dinero*. Madrid, Instituto Estudios Políticos.

Wilkis, A. (2013). *Las sospechas del dinero*. Buenos Aires, Paidós.



**Tres desmentidas sociológicas**  
sobre el mercado  
del dólar blue

María Soledad SÁNCHEZ

LICENCIADA EN SOCIOLOGÍA Y DOCTORANDA EN CIENCIAS SOCIALES DE LA UBA. BECARIA DEL CONICET, CON SEDE  
EN EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI (UBA).



Las prácticas de dolarización de activos en la Argentina remontan sus orígenes hacia la década de 1950, aunque sólo para comienzos de los años setenta alcanzan una magnitud y relevancia estructural (Gaggero, 2012). Desde entonces, y bajo distintos escenarios económicos y políticos —con crecimiento o con recesión, con alta o baja inflación, con endeudamiento o desendeudamiento externo, con gobiernos autoritarios o democráticos—, la dolarización de activos se ha presentado como una constante entre las prácticas monetarias locales. Actualmente alcanza su máximo histórico al aproximarse al equivalente al 40% del PBI, convirtiendo a la Argentina en el segundo país con mayor cantidad de dólares per cápita luego de su país emisor: los Estados Unidos.

En noviembre del año 2011, en un contexto de crecimiento exponencial de la fuga de capitales (tanto de remisión de fondos al exterior, como de un persistente atesoramiento de dólares por fuera del sistema financiero local) que comenzaba a ejercer impacto sobre variables macroeconómicas centrales, el gobierno nacional dispuso la implementación de un nuevo sistema de fiscalización de las operaciones cambiarias, con el fin declarado de limitar la demanda de divisas. Desde entonces, el mercado ilegal del dólar —aquel cuyas operaciones se realizan por fuera del único canal legal establecido: el Mercado Único y Libre de Cambios— pasó a ocupar un lugar trascendente en el debate público. Articulando paradójicamente ilegalidad y visibilidad, las formas de venta y cotizaciones del *dólar blue* recorrieron la agenda política y mediática. Es importante destacar que este mercado preexiste a su reciente institución como problema social, político y mediático. Sin embargo, entendemos que es entonces cuando se instituye como un terreno de disputa sobre la definición legítima del valor del dólar. Es por esto que, a pesar de que puede ser considerado como un mercado marginal en términos de su volumen, su relevancia sociológica reside en condensar dimensiones más profundas de la lógica del capitalismo argentino y sus formas de producción de referencialidad de la moneda.

Sin olvidar la complejidad de aristas económicas y políticas que se entrecruzan en este fenómeno social, buscaremos en este breve artículo limitarnos a problematizar tres concepciones sobre el mercado del *dólar blue* que circularon en los debates públicos que tuvieron por protagonistas a una heterogeneidad

de analistas económicos y periodistas desde fines de 2011.<sup>1</sup> Y lo haremos teniendo por objetivo desnaturalizar dichos imaginarios e introducir herramientas para reflexionar acerca de las dinámicas micro-sociológicas que enlazan ilegalismos, finanzas y sociedad.

### *“El submundo de las cuevas”*

Ajustar la descripción del mercado ilegal del dólar a la literalidad de la imagen de la “cueva financiera” puede resultar obturador de su composición y dinámica. Los análisis disponibles generalmente describen a este fenómeno social a través de la metáfora del “submundo”, es decir, de un espacio subterráneo, oscuro, misterioso, que sería soberano frente al mundo legal de las finanzas y claramente distinguible de él. Entendemos que es necesario debatir la concepción de lo ilegal (y lo legal) que tales visiones suponen.

Más que una excepcionalidad relativa al intercambio de divisas, las prácticas ilegales constituyen, de hecho, modos de hacer habituales y sistemáticos en el mercado financiero local —a pesar de que sean escasamente penalizadas por las agencias de control penal, invisibilizadas en los discursos mediáticos sobre el fenómeno del delito y exentos de la peligrosidad atribuida a los micro-delitos populares urbanos por el imaginario colectivo (Sánchez, 2011). Uno de los resultados sociológicos más relevantes de nuestra investigación ha consistido en la identificación de la forma que hace inteligible la estructuración de las estrategias financieras ilegales: una red de múltiples relaciones, actores y prácticas, donde lo legal y lo ilegal se interconecta y, en ciertos espacios específicos, se articula de manera sostenida (Sánchez, 2011). En este sentido, podemos sostener que el mercado ilegal de divisas no opera “más allá” ni en oposición a una economía legal, sino que el *dólar blue* circula a través de una red que se constituye en un terreno liminar, donde el delito no es lo otro de la sociedad, sino que se encuentra entramado con sus estructuras más consolidadas (Tonkonoff, 2012; Pegoraro, 2003; Biscay, 2013). Este abordaje nos permite, entonces, rebatir el análisis de lo legal y lo ilegal en términos dicotómicos, como dos ámbitos que se excluyen mutuamente, echando luz sobre las relaciones y prácticas que se constituyen en el *continuum* entre uno y otro. Nos previene, asimismo, de las falacias sociológicas del discurso de los “bajos

---

<sup>1</sup> La tipificación de estos tres imaginarios en circulación es una construcción en base al seguimiento de noticias periodísticas en tres medios gráficos de alcance nacional (*Ámbito Financiero, Clarín, La Nación*) desde noviembre de 2011. Más que desarrollarlos en sí mismos, nuestro objetivo será tomarlos como un disparador para la reflexión sociológica, presentando algunos resultados exploratorios de la investigación en la cual se enmarca nuestra tesis doctoral.



fondos" (que describe a los mercados ilegales en desconexión del resto de las prácticas económicas y sociales) y del de la "corrupción gubernamental" (que agota la explicación en el funcionamiento de las agencias estatales y las prácticas de los miembros de la administración pública).

Hemos identificado cuatro agentes centrales en la dinámica del mercado ilegal del dólar, que nominaremos según la jerga financiera local. Las *cuevas* financieras son sociedades financieras sustraídas de toda formalidad legal, que posibilitan a empresas y particulares re-circular dinero evadiendo los gravámenes y los límites cambiarios establecidos. Si bien entre sus actividades pueden mencionarse los descuentos de cheques y los préstamos, la compra-venta de *dólares blue* se ha convertido en la estrategia más redituable, dada la brecha que lo separa del dólar oficial (entre el 50% y el 75%, aunque alcanzó el 100%).

Las *cuevas* inician sus transacciones monetarias con el público después de las 10 de la mañana, tras la publicación de la cotización del mercado oficial, y permanecen operando hasta las 15 hs., al igual que el sistema bancario. Una gran cantidad de *cuevas* funcionan como parte de instituciones financieras pertinentemente registradas: casas de cambio, bancos y hasta un consulado africano fueron penalizados en los últimos años por mantener una doble estructura. Si estas se orientan hacia los clientes de un alto poder adquisitivo, también lo hacen aquellas *cuevas* que se ubican en lujosos edificios de oficinas céntricas, así como en exclusivos barrios privados. Otras más improvisadas, para pequeños ahorristas o turistas, se ubican en joyerías, comercios de cueros y maxi-quioscos del centro financiero urbano. Para todas ellas, los vínculos con el mercado financiero legal son esenciales para hacerse de divisas, aunque también las conexiones con empresarios exportadores con dólares comerciales no declarados, grandes y medianos empresarios que buscan hacerse de divisas con ganancias "en negro", así como ahorristas que se refugian en el dólar al considerarlo reserva de valor. Pero los lazos de este mercado se extienden también hacia agentes gubernamentales, corporaciones de prensa, oficiales de justicia, entre otros.

Como punto de conexión entre las *cuevas* y los clientes, se ubican los *arbolitos*, quienes ofrecen (con escaso disimulo) el servicio de compra-venta de dólares en las calles del centro financiero. Los *arbolitos* trabajan para una *cueva* determinada, a comisión por las ventas. También participan los *coleros*, quienes son contratados por las *cuevas* para comprar con sus identidades dólares al cambio oficial (si antes de los controles gubernamentales, lo hacían en las casas de cambio locales, ahora los procuran en países limítrofes), constituyendo uno de los vehículos de pasaje de dinero desde el mercado legal hacia el ilegal. Los *coleros* objetivan, así, las interconexiones (necesarias) entre los diversos circuitos de intercambio de dinero. Si bien los pequeños clientes retiran el dinero por las *cuevas* y las grandes operaciones se concretan en los propios bancos donde los *cueveros* poseen sus cajas de seguridad, también es posible contar para operaciones medianas y grandes con el beneficio de entrega a domicilio que realizan los liquidadores, transportando el dinero escondido entre sus cuerpos y vestimentas.

Lejos de ser un mercado homogéneo y horizontal, la intensidad de los flujos de dinero que recirculan así como la extensión de sus conexiones, posicionan diferencialmente a estos agentes, delineando un espacio social desnivelado.

### *“Un mercado impersonal, regulado por la oferta y la demanda”*

La descripción de la dinámica del mercado del *dólar blue* es usualmente reducida al dominio de una lógica racional orientada por el juego de la oferta y la demanda de divisas; dominio que, paradójicamente, no excluiría que este ente impersonal y abstracto que es el mercado se inquiete, sienta nerviosismo, pierda la confianza. Por el contrario, nuestra investigación nos ha permitido vislumbrar que, más allá de la heterogeneidad de las funciones y de las dimensiones de los diversos agentes del mercado ilegal del dólar, todos ellos se enlazan y configuran por una misma dinámica micro-sociológica, donde las relaciones personales son definitorias para los intercambios económicos (Sánchez, 2013). A pesar de que la globalización financiera y el gran salto tecnológico han modificado las formas de organización del sector financiero, la red de lazos sociales personales conforma un aspecto central en la estructura y dinámica del mercado del *dólar blue*. Así, más que relaciones abstractas en un mercado impersonal, el establecimiento de vínculos personales, débiles en intimidad o frecuencia pero poderosos en términos de sus efectos estructurantes, condiciona el funcionamiento del negocio al explicar las relaciones con el resto de los agentes financieros, con los clientes y también con el mundo de la legalidad. Esta red de contactos, fundamentales para el desarrollo de las estrategias ilegales, se configura a través de conoci-

dos, amigos de familiares, ex compañeros de escuela, ex compañeros de trabajo, etc. De allí que estas relaciones se re-produzcan no sólo en el espacio del mercado, sino en otros espacios de sociabilidad (clubes deportivos, restaurantes de moda, barrios privados, entre otros) donde los agentes construyen sentidos y valoraciones sobre los procesos económicos.

Consideramos que las prácticas financieras ilegales constituyen formas de sociabilidad que tienen lugar en un entramado relacional complejo, regulado tanto simbólicamente como económicamente. Las formas ilegales de intercambio y circulación de dólares deben ser entendidas como “modos de hacer, sentir y pensar” que van cristalizándose en estructuras materiales y valorativas, y cuyas representaciones, racionalizaciones y motivaciones se aprenden y re-producen en procesos de interacción que tienen lugar al interior de las redes sociales y económicas del sector. Contrariando el imaginario sobre la anomia de la ilegalidad, “*la palabra*” (en un mundo donde las transacciones no tienen registro legal) y “*la confianza*” (en un mundo donde es dificultoso reclamar judicialmente) organizan y estructuran estos intercambios ilegales (Sánchez, 2012). En este sentido, una transferencia incorrecta o incumplida no puede reducirse a un problema monetario, sino que transgrede la forma de una relación social particular. La adecuación (o su falta) a los códigos de las transacciones económicas produce distinciones morales entre los agentes del mercado.

Es, asimismo, en las redes de interacción de este mercado ilegal donde se teje el sentido de las representaciones, las creencias, las imágenes y los afectos que dan lugar a la producción de la compra-venta ilegal de dólares como una práctica “*prohibida, pero no inmoral, ni criminal*” (Sánchez, 2012). Los agentes interpretan sus prácticas como prohibidas, pero no como moral o socialmente dañosas. Consideran que sus prácticas lejos están de ser delictivas y ellos mismos, más lejos aún de ser delincuentes. Diferenciándose del mundo de la criminalidad, se distinguen de los sujetos y de los ilegalismos que constituyen lo otro de la ley, de la moral y de la sociedad. Esta configuración simbólica del mercado del dólar blue visibiliza la relevancia de la dimensión performativa de la nominación social en relación a cuáles conductas serán tenidas por criminales y cuáles no (aun cuando estén penadas por la ley), y de quiénes serán calificados como delincuentes y quiénes no obtendrán esa calificación (aun cuando hayan transgredido la ley).

## “Dólar blue o negro”

A pesar de compartir su homogeneidad material, las diversas interacciones sociales que componen el mercado financiero en la Argentina producen distinciones entre diversos dineros: *dólar oficial*, *dólar blue* y *dólar negro*, son algunas de las clasificaciones monetarias (aunque no agotan las existentes) centrales para el análisis del mercado en cuestión. Frente a esta pluralidad semántica de dineros, los analistas tienden a colocar al *dólar blue* como un sinónimo de *dólar negro*, utilizando de manera indistinta uno y otro en sus discursos. Por el contrario, queremos sostener que estos juegos cromáticos hacen visibles las disputas sobre las formas de comprensión de los intercambios, las ambigüedades y contradicciones en la definición de los objetos, y las pugnas sobre las formas legítimas/ilegítimas de circulación. Lejos de poder reducirse a un objeto siempre homogéneo e infinitamente intercambiable, el dinero posee múltiples significados y usos en tanto se constituye en redes de interacciones heterogéneas y encarna lazos sociales diversos (Zelizer, 2011). Más que homologarlos, es necesario indagar sobre los significados sociales específicos que diferencian al *dólar negro* del *dólar blue*, a partir de la elucidación de las redes económicas y simbólicas por las que circula cada uno de ellos.

Nuestro trabajo de investigación nos ha permitido identificar dinámicas de distinción simbólica relacionadas a la procedencia “honrosa” o “sucia” del dinero puesto en circulación. Los agentes del mercado ilegal del dólar diferencian sus estrategias de cualquier “negocio malo” o “negocio sucio”. Esta frontera trazada respecto al origen moral o inmoral del dinero es la que distingue al *dólar negro* del *dólar blue*. Mientras que el *dólar negro* referiría a un dinero manchado por su origen y vinculado a las redes de tráficos ilegales de bienes o personas (que es necesario “lavar” para que sea intercambiable), el *dólar blue* provendría de prácticas comerciales éticamente legítimas (financieras y comerciales) y de individuos vinculados al mundo del trabajo. Nuevamente, los agentes de este mercado disputan el sentido de sus transacciones económicas, intentando legitimar sus prácticas al definir a su dinero como ilegal, más no inmoral. La característica fundamental de la red de relaciones y prácticas sociales en la cual el *dólar blue* se intercambia es constituirse en un terreno liminar, donde lo legal y lo ilegal se conecta y articula. Su color azul condensa la existencia de un espacio híbrido entre el blanco (en referencia al dólar oficial) y el negro, espacio en permanente tensión con estas otras formas de circulación. A partir de su distinción respecto del *dólar negro* y, por lo tanto, de cualquier actividad moralmente condenable, los agentes buscan legitimar sus formas de interacción económicas y simbólicas.

Consideramos que las pugnas monetarias que el fenómeno del *dólar blue* visibiliza, pone en evidencia discusiones profundas sobre el valor legítimo de la moneda, ubicando como horizonte de reflexión la dimensión intrínsecamente política de la cuestión monetaria.

## Bibliografía

Biscay, P. (2013). "Conflictividad y Finanzas". Documento del Centro de Investigación y Prevención de la Criminalidad Económica.

Biscay, P. (2006) "La Justicia Penal y el control de los delitos económicos y de corrupción. Experiencias argentinas". Publicado en [www.sistemasjudiciales.org](http://www.sistemasjudiciales.org)

Foucault, M. (2002). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Gaggero, J. (2012). "Argentina: lecciones del pasado y progresos recientes". Paper presentado en *AABA/TJN Research Workshop on Tax Avoidance, Corruption and Crisis (2012)*. Essex University, Inglaterra, 5 y 6 de julio.

Gaggero, J., et al. (2007). "La fuga de capitales. Historia, presente y perspectivas". *Documento de trabajo* N° 14. CEFIDAR. Buenos Aires.

Gaggero, J., et al. (2010). "La fuga de capitales II. Argentina en el escenario global (2002-2009)". *Documento de trabajo* N° 29. CEFIDAR. Buenos Aires.

Pegoraro, J. (2003). "La trama social de las ilegalidades como lazo social". En *Sociedad*, Revista de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, 22, Buenos Aires.

Sánchez, M. S. (2011). "Grandes ganancias ilegales, pequeños costos penales. Las estrategias ilegales de reproducción de la elite financiera argentina". Disponible en Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO (online).

Sánchez, M.S. (2012). *"Prohibido pero no inmoral. Estrategias ilegales y sentidos culturales en el mercado financiero ilegal"*. Ponencia presentada en *XXX International Congress of the Latin American Studies Association (LASA)*, 23 al 26 de Mayo. San Francisco, Estados Unidos.

Sánchez, M.S (2013). "Interacciones económicas, interacciones simbólicas. Una aproximación etnográfica al significado del dólar blue en la Argentina". En *Revista Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología*. Número: Antropología y Economía. Universidad de los Andes, Colombia. En evaluación.

Tonkonoff, S. (2012). "La Cuestión Criminal. Ensayo de (re)definición". *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. España, Madrid. Universidad Complutense de Madrid., p. 20-55, Vol. 8.

Zelizer, V. (2011). *El significado social del dinero*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

# SOCIALES en DEBATE 05

## El submundo de las "cuevas" \*

ALEJANDRO BERCOVICH

LICENCIADO EN ECONOMÍA Y DOCENTE, AMBOS POR LA UBA. PERIODISTA ESPECIALIZADO EN TEMAS ECONÓMICOS EN GRÁFICA (REVISTA *CRISIS* Y DIARIO *BUENOS AIRES ECONÓMICO*), RADIO (ROCK & POP Y METRO) Y TELEVISIÓN (AMÉRICA 24).

ALEJANDRO REBOSSIO

MÁSTER EN PERIODISMO Y LICENCIADO EN COMUNICACIÓN SOCIAL. PROFESOR DEL MÁSTER EN PERIODISMO DIGITAL EN IE, DE MADRID. CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES DEL DIARIO *El País*. COLABORADOR DEL DIARIO *La Nación* Y LAS REVISTAS *ANFIBIA* Y *CRISIS*.





Una mañana helada de junio de 2012, C. L. recibió un pedido importante: un cliente necesitaba 240.000 dólares. En invierno es más fácil transportar dinero encima. Se puede esconder entre el sobretodo, el saco, el pantalón, las medias, además del chaleco especial que suele usarse para este tipo de trabajo. C. L. lo sabía bien, pero tenía miedo de llevar tanta plata encima. Temía que lo asaltarán. "Estoy cagado", le confesó a su socio y volvió a llamar al cliente.

—Todo junto, no. Es mucha "rúcula" junta. Te lo llevo en dos partes. La mitad hoy, la otra mitad mañana.

Cerraron trato.

Al día siguiente el propio C. L. cargó 120.000 dólares en billetes de 100 —mil doscientos billetes distribuidos en doce fajos de 10.000 dólares cada uno— en el baúl de su auto, estacionado en el microcentro porteño. Partió a la casa del cliente, en Villa Urquiza. A la vuelta regresó con 1.440.000 pesos en billetes de 100. Es decir, 14.400 billetes que había que contar uno por uno. Y controlar que fueran verdaderos. C. L. tenía práctica, pero se quejó:

—Un problema es que no hay billetes de más de 100 pesos. Cuando llevás pesos, llevás muchos billetes por todos lados.

El *delivery* de dólares es uno de los servicios que sumaron las "cuevas" para sus clientes, que cada vez son más desde que en la Argentina solo se pueden comprar dólares, y con cupos, para viajar al exterior o importar mercadería. En las "cuevas" se vende y se compra el dólar paralelo o *blue*, eufemismo para referirse al mercado negro, donde no rigen controles cambiarios, impositivos ni contra el lavado de dinero como los que llevan a cabo el Banco Central y la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP). Los cueveros son algunos de los ganadores de la fiebre del dólar en la Argentina.

\* Este artículo es una versión reducida del capítulo *El submundo de las "cuevas"*, del libro *Estoy verde. Dólar, una pasión argentina*, publicado por la editorial Aguilar en junio de 2013.

## Pescados y rúcula

C. L. trabajaba en un banco desde el que fugaba al exterior dinero de empresarios, pero hace dos años vio que podía hacerlo por cuenta propia. Entonces abrió una cuenta en las Islas Vírgenes Británicas, uno de los tantos paraísos fiscales que pueblan la Tierra, para comenzar a operar. Para eso contrató a un gestor que cobra entre 3.000 y 6.000 dólares por transacción. Una persona de su confianza aportó el capital para llenar esa cuenta de “verdes” desde otra que también tenía en el extranjero. Cuando uno de sus clientes quiere fugar una cierta cantidad de dólares, le lleva los billetes a su oficina. Entonces C. L. ordena el giro de esa cifra desde su cuenta caribeña a alguna que su cliente tenga en el exterior. C. L. se queda con los billetes.

C. L. vivía pendiente de las horas o los días en que una transferencia demoraba en confirmarse. Eso era antes. Ahora vive pendiente de cada centavo de más o de menos en la cotización del dólar *blue*. Está un poco subido de peso y ligeramente más robusto de dinero: su negocio engordó a partir de los controles cambiarios que el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner implementó desde el 28 de octubre de 2011, cinco días después de lograr la reelección con el 54% de los votos. Hasta ese día el cambio de divisas suponía el 10% de la facturación de C. L. El resto provenía del servicio de fuga de capitales. Ahora, el cambio le supone el 50% de sus ingresos.

—Yo soy un operador chico, pero me subió el volumen. También atiendo a muchos que quieren comprar o vender solo 2.000 dólares. Con esos perdés mucho tiempo, pero, si viene un pescado, le cortás la cabeza.

Lo dice con una media sonrisa permanente. A C. L. le va justo su suéter marrón con botones. No acompaña con nada para comer el café con leche que se toma en el bar Simonetta, en Barrio Norte, donde vive y donde citó a los autores de este libro a las 19 horas para conversar. Es un clásico “cheto” de los que no usan corbata.

Dice que solo ha aprovechado la cascada de ingresos para comprarse un auto usado por 11.000 dólares. Ni siquiera ha veraneado en el exterior. C. L., de 38 años, abogado devenido cuevero, se fue a las playas de la costa atlántica bonaerense.

C. L. alimenta de "rúcula" —otro eufemismo relativamente nuevo para referirse al dólar— a los pescados —clientes apurados o desprevenidos— a un precio mayor o se las compra a uno menor que el pactado en un mercado opaco como el *blue*, donde nadie conoce demasiado bien las cotizaciones.

En los diarios se publica el valor del dólar paralelo, pero siempre se observan centavos de diferencia entre uno y otro artículo, porque las fuentes son diversas. Hay una página web, [www.dolarblue.net](http://www.dolarblue.net), que da las cotizaciones del dólar en los variados mercados: el oficial, el mayorista (para empresas que comercian con el extranjero o remiten beneficios a sus casas matrices), el *blue*, el celeste (promedio del blanco y el *blue* que se toma de referencia para pagar en pesos algunos bienes que cotizan en dólares, como los inmuebles de clase media y alta), el *green* (el de los arbolitos, pero también el de "cuevas" chicas para casos de grandes operaciones, dado que les cuesta mucho logísticamente conseguir tantos billetes), el gris o "contado con liqui" (es una operación legal para fugar capitales, llamada internacionalmente *blue chip*, que consiste en comprar bonos o acciones con pesos, venderlos a algún inversor del exterior y cobrar los dólares en una cuenta de afuera, a un precio que varía por debajo o por arriba del *blue* a secas); el dólar "moreno" (por Guillermo Moreno, el secretario de Comercio Interior, que en mayo de 2012 ordenó sin éxito a las casas de cambio que bajaran el paralelo de 6 a 5,10 pesos) y también el dólar "anibal" (por el senador Fernández, que blanqueó en aquel momento aquella cruzada de Moreno); el dólar "soja" (el oficial menos las retenciones a la exportación), el "tarjeta" (que rige para comprar con plásticos en el exterior, incluido el comercio electrónico, y sobre el que pesa el recargo impositivo del 20% que se puede, en teoría, recuperar después de trámites e inspecciones de la AFIP) y el euro *blue* (la moneda europea mueve una de cada diez operaciones ilegales; el resto está dominado por la norteamericana), entre otros tipos de cambio. También está el dólar "cable", que cuesta un poco más que el *blue* porque sirve para girar dinero "negro" al exterior, como el que opera C. L. desde su cuenta en las Islas Vírgenes Británicas.

## Un negocio familiar

—Ganamos los cambistas y perdieron los bancos.

C. L. le da un sorbo al segundo café. Y habla de la importancia de ser confiable.

Antes la gente iba a las entidades financieras tradicionales para comprar dólares. Desde que en abril de 2012 la AFIP autoriza la compra solo para viajes al exterior, desaparecieron de los bancos las colas de clientes que querían hacerse de “lechuga”, que es la forma popular con la que se ha conocido durante décadas al dólar en la Argentina. Ahora que los mecanismos para conseguirla son más sofisticados, a alguien se le ocurrió bautizarla con el nombre de otra verdura menos vulgar y con el sello palermitano por excelencia: “rúcula”.

Los clientes de C. L. son de su entorno social: familiares, amigos, ex compañeros de colegio o conocidos de conocidos.

—La gente busca personas de confianza porque va y viene mucha plata. Tiene miedo a que le den billetes falsos y después no le puede reclamar a nadie. Tiene miedo a las “salideras” —robos al salir de un banco o, en este caso, de una “cueva”—. No quieren ir a un lugar que parezca una “cueva”. Por eso tenemos oficina en el Microcentro. Ahí la gente se mimetiza con los que van al banco.

C. L., que en varios pasajes de la conversación susurra para que no lo oigan los parroquianos de otras mesas, cuenta que trabaja con un socio y tiene un empleado de 25 años que no estudió nada, pero es de “buena familia y honesto”, para trasladar plata cuando no es mucha. C. L. dice que le paga bien.

—Es fundamental el recurso humano, porque tus clientes lo ven.

C. L. no quiere agrandar el boliche.

—Mi socio quiere hacer crecer el negocio, pero yo le digo que no, porque nos puede dar demasiada exposición. Acá hay dos riesgos: la AFIP y los robos en la calle. Hace poco hubo un asalto con itakas a un blindado de una casa de cambio en Corrientes y 25 de Mayo, en pleno microcentro.

C. L. recibe llamados con pedidos de compra o venta de dólares hasta las 12. Después se va a buscar plata a la casa de cambio, donde la guarda en una caja de seguridad, y más tarde recibe o visita a los clientes.

—De 12 a 16 zapateás. Si alguien me llama después de las 12, fijo el precio ese día y hacemos la operación al día siguiente. Es peligroso, porque puede haber un cambio de cotización que me haga perder plata, pero hay que fidelizar al cliente. En este negocio lo importante es mantener la palabra.

Lo dice mirando fijo. Como si hiciera referencia a pactos de caballeros.

### *Delivery boys*

El mercado *blue* opera desde las 10.30, es decir, media hora después de que abren las casas de cambio y los bancos, hasta las 15, cuando cierran todos. Es fácil de explicar: muchas "cuevas" guardan su dinero en cajas de seguridad en casas de cambio o bancos. Otras tienen cajas fuertes en sus propias oficinas, siempre y cuando cuenten con dispositivos de vigilancia suficientes. Muchos bancos les han pedido a los "cueveros" que se fueran con su dinero a otro sitio. "Tenés que cerrar la caja de seguridad", le ordenó un empleado de banco a C. L. "¿Por qué?", preguntó el cuevero. "¿A qué se dedican?", inquirió el empleado, y a C. L. no le gustó nada. El banco no tiene derecho a preguntar eso, según los "cueveros".

—No podés entrar y salir muchas veces por día de tu caja de seguridad, porque al banco se le junta mucha otra gente que tiene que esperar mientras vos entrás o salís.

Algunos cueveros como él se llevan parte del efectivo a su casa. Y algunos clientes prefieren que los dólares golpeen a sus puertas.

El servicio de entrega del dinero a domicilio tiene un costo que compensa por los menores riesgos de robo o de que los intercepte uno de los sabuesos de la AFIP que merodean de incógnito por las casas de cambio del microcentro o los edificios de la zona. Se sospecha que muchos departamentos de la City porteña están alquilados por “cuevas”.

Una vez C. L. llegaba a su oficina cuando se encontró con una romería de inspectores tributarios.

—Parece que mi edificio estaba lleno de “cuevas”, pero al final no pasó nada.

“Cueveros” y liquidadores, que son los que llevan y traen el dinero en una operación y que a veces son los propios operadores, transportan los billetes encima. Usan unas especies de chalecos antibala en los que se meten billetes y que van debajo de la camisa. Otros los guardan en fajas de neoprene debajo de las medias, en los que entran seis “ladrillos” de 10.000 pesos o dólares en cada pierna. Algunos recurren a las más convencionales riñoneras que van dentro del pantalón.

“Cueveros”, liquidadores y clientes tienen miedo de llevar tanta plata por la calle. Han reaparecido noticias de asaltos en casas o secuestros exprés, porque los ladrones se dieron cuenta de que, a partir de octubre de 2011, muchos argentinos retiraron sus dólares de las cuentas de los bancos por temor a un nuevo “corralito” y los escondieron en sus viviendas. Más allá de que esos miedos por ahora se han demostrado infundados, en el primer año de vigencia del llamado “cepo cambiario” los depósitos en moneda extranjera retrocedieron de 14.914 millones de dólares a 6.938 millones a fines de octubre de 2012, es decir que cayeron casi a la mitad, 46,5%. También es cierto que, por la imposibilidad de ahorrar en dólares, muchos individuos y empresas terminaron haciendo plazos fijos en pesos, que crecieron en 2012 el 52%, cifra a la que habría que aplicarle un ajuste por inflación del 22,8%, según las agencias provinciales de estadística, para dimensionar su incremento real.

Lo que está claro para los “cueveros” es que los liquidadores deben ser personas de confianza que no inventen que les robaron todo en la vía pública. Las grandes “cuevas” están más tranquilas: algunas pueden darse el lujo de contratar policías de civil para acompañar a los liquidadores.

## El origen de la dolarización inmobiliaria en la Argentina\*

ALEJANDRO GAGGERO

DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES (UBA). BECARIO POSTDOCTORAL DEL CONICET E INVESTIGADOR DEL IDAES/UNSAM.  
DOCENTE DE LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES (UBA) Y DE LA UNSAM.

PABLO NEMIÑA

DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES (UBA). INVESTIGADOR DEL CONICET, DEL IDAES/UNSAM Y LA FLACSO. DOCENTE DE LA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES (UBA) Y DEL IDAES/UNSAM.





Las restricciones a la compra de divisas establecidas a partir de octubre de 2011, y los consiguientes efectos que generaron en el mercado inmobiliario y de la construcción, reflataron en el debate público un fenómeno poco estudiado por las ciencias sociales: la dolarización del mercado inmobiliario.

Hace menos de 40 años, las transacciones inmobiliarias en la Argentina se realizaban en moneda nacional, incluso en momentos de alta inflación. Esta afirmación resultaría una obviedad en cualquier país de la región, pero en el nuestro genera sorpresa. Esto se debe a que el mercado inmobiliario argentino está dolarizado para las operaciones de compra y venta de propiedades, esto es, los precios se denominan y “miden” en dólares y las transacciones se realizan en la moneda norteamericana.

Suele afirmarse que la moneda tiene tres usos tradicionales: unidad de cuenta (denominar el precio de los bienes y servicios), medio de pago (pagar por bienes y servicios) y reserva de valor (permitir el atesoramiento). En nuestro país, fue principalmente en esta última función donde el peso ha perdido más terreno frente al dólar. El avance de la divisa norteamericana en los otros dos usos ha sido mucho más modesto: el precio de la mayoría de los bienes y servicios se sigue nominando en pesos, y en esa moneda también se efectúan las transacciones. Existen excepciones típicas como los servicios turísticos en el extranjero o algunos bienes importados de alta tecnología, pero sin lugar a dudas una de las más llamativas es la de los inmuebles. A pesar de ser diseñadas y producidas localmente, y tener la mayoría de sus costos de producción pesificados, una vez construidas las propiedades sufren una extraña mutación por la cual sus precios pasan a estar denominados en dólares. Este fenómeno se instaló en el país a finales de los '70 y se consolidó en la década siguiente. Se trata de otro de los tantos legados aciagos para el desarrollo nacional de la gestión económica de Martínez de Hoz.

La dolarización del mercado inmobiliario trae, por lo pronto, tres consecuencias negativas. Primero, a nivel simbólico, obliga a manejar dos referencias de medida dependiendo del tipo de transacciones que se realice. Así, se “piensan en pesos” las transacciones cotidianas pero se “piensan en dólares” las operaciones de inversión a largo plazo, entre ellas, la compra de una propiedad. Segundo, a nivel cambiario, obliga a disponer de dólares billetes a quien desee adquirir un inmueble. Tercero, a nivel estructural, contribuye a agravar la escasez de divisas, en tanto determina una innecesaria demanda de dólares que reduce las reservas disponibles para sostener el proceso de desarrollo.

\*Una versión reducida puede encontrarse en Gaggero y Nemiña (2013).

Apoyados en los primeros resultados de un proyecto de investigación en Sociología Económica radicado en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, proponemos una interpretación acerca de cuándo y por qué comenzó este proceso.

Tres factores, interrelacionados entre sí, permiten comprender la aparición de este reemplazo de la moneda local por el dólar. Primero, una historia económica marcada por recurrentes crisis cambiarias y un contexto de inflación persistente; segundo, la liberalización del sistema financiero y cambiario operada en los primeros años de la dictadura; tercero, la liberalización del mercado de vivienda llevada adelante entre 1976 y 1979.

## El valor de la moneda y el sistema financiero durante las décadas previas a la dictadura

A partir de mediados del siglo pasado el país experimentó un proceso de inflación estructural que, alimentado principalmente por devaluaciones periódicas, tendía a socavar el poder adquisitivo de la moneda local. Si bien durante gran parte de las décadas de 1960 y 1970 el país tuvo tasas de inflación superiores al 20% anual, puede identificarse un episodio que resultó central en la subjetividad económica de la población: "el Rodrigazo". La devaluación que llevó adelante el ministro Celestino Rodrigo en 1975 desencadenó un proceso inflacionario de una magnitud inédita. Durante la primera mitad del año la moneda nacional se depreció alrededor del 400%, generando una inflación *record* para la historia argentina del 186% anual.<sup>1</sup> La combinación de devaluación e inflación implicó una fuerte pérdida del poder adquisitivo del salario. También representó un perjuicio importante para la población que ahorra en pesos (Restivo y Dellatorre, 2005).

Las características del sistema financiero durante las décadas del '50 y el '60 también contribuyeron a erosionar la posibilidad de que el peso cumpliera con la función de reserva de valor. Durante aquellos años el Estado aseguraba tasas de interés reales negativas para desincentivar la renta financiera y estimular las inversiones productivas. Esto quiere decir que las tasas de interés no llegaban a compensar las tasas de inflación y, por la tanto, los ahorros depositados en los bancos perdían poder adquisitivo. Cuanto mayor eran el aumento de la inflación, menos conveniente resultaba ahorrar en pesos.

---

<sup>1</sup> La combinación de una mega-devaluación y un proceso de muy alta inflación se repetiría en las grandes crisis económicas de las décadas siguientes, en los años 1981, 1989 y 2002.

## Las reformas implementadas por Martínez de Hoz en el sistema financiero y el mercado inmobiliario

Lo dicho no es condición suficiente para explicar la dolarización del mercado inmobiliario, dado que hasta el golpe de 1976 las propiedades se compraban y vendían en pesos. Esto se debió, en gran parte, a la existencia de extendidos controles cambiarios que, en el marco de un modelo desarrollista, restringían la adquisición de divisas para fines especulativos. Sin embargo, esto cambiaría a partir de la gestión de Martínez de Hoz (1976-1981).

La liberalización cambiaria-financiera llevada adelante entre 1977 y 1979 promovió la libre entrada y salida de capitales, la compra y venta de divisas sin justificar su uso, y la libre determinación de las tasas de interés y los plazos de depósito a término. Además de haber sentado las bases para el inicio del primer ciclo de endeudamiento externo, alentó la financiarización de la economía al ofrecer nuevas alternativas para la obtención de rentas financieras, incluidas las divisas (Schvarzer, 1998). De hecho, una de las medidas económicas más publicitadas durante el primer año de gobierno fue la eliminación de la mayoría de restricciones a la compra de dólares para turismo o atesoramiento. “En cuanto al mercado cambiario en sí, hemos llegado a la liberación total”, declaraba con tono triunfal Martínez de Hoz en abril de 1977 (*La Nación*, 15-4-1977). Así, la reforma extendió a un público más amplio la posibilidad de ahorrar en dólares.

El tercer factor que llevó a la dolarización, fue la liberalización del sector inmobiliario. La gestión económica buscó resolver el problema habitacional según la lógica del libre mercado, lo cual implicó reducir la intervención clave que el Estado venía ejerciendo —con variaciones— desde 1943 para facilitar el acceso a la vivienda. Entre las medidas que se aplicaron se destaca la ley de Normalización de Locaciones Urbanas, que tendió a eliminar el control estatal del precio de los alquileres, una política que durante las últimas décadas había favorecido claramente a los inquilinos en detrimento de los propietarios (Oszlak, 1991).

El gobierno militar esperaba que la liberación de los precios aumentara la oferta de viviendas, para lo cual también estableció beneficios impositivos a la construcción de unidades destinadas exclusiva-

mente al alquiler. Sostenía que los sectores que no pudieran adquirir una vivienda se verían beneficiados por un eventual aumento de la oferta de alquileres y una baja de los precios. De hecho, durante aquellos años la dictadura lanzó la campaña denominada “*Alquilar es elegir*”, en la cual prometía mayor oferta y menores precios (ver imagen 1).

Como parte de las transformaciones operadas en este sector también se reformó el Banco Hipotecario Nacional para que comenzara a operar como un banco comercial. Desde entonces las tasas aumentarían al tiempo que su cartera de créditos hipotecarios iría en disminución. De este modo, el financiamiento para la compra de viviendas quedó segmentado entre los créditos subsidiados del FONAVI para los sectores bajos y los créditos bancarios comerciales para los sectores medios (BHN, 1977).

## La dolarización del mercado inmobiliario

La dolarización del mercado inmobiliario comenzó en 1977: el 16 de julio de ese año aparecieron los primeros avisos clasificados en el diario *La Nación* ofreciendo inmuebles valuados en dólares (ver imagen 2). Aunque escasos, marcaban el inicio de un proceso que se extendería durante los meses siguientes: menos de un año después casi el 20% de los avisos clasificados estaba nominado en la divisa norteamericana, y en mayo de 1980, en 9 de cada 10 avisos los precios de las propiedades estaban indicados en dólares. En menos de tres años, el mercado inmobiliario se había dolarizado prácticamente por completo (ver cuadro 1).

**Cuadro 1:** Inmuebles en venta en Barrio Norte (Capital Federal) según moneda en la cual estaban ofrecidos, fechas seleccionadas.

Fecha	USD	Pesos	Total	% USD	% Pesos	Total
20/05/1978	18	78	96	19%	81%	100%
20/05/1979	68	53	121	56%	44%	100%
24/05/1980	119	13	132	90%	10%	100%

**Fuente:** Diario *La Nación*, Avisos Clasificados, varias fechas.

**Nota:** Del único diario de tirada nacional cuyos clasificados están disponibles de manera sistemática, se eligió el barrio de la Capital que posee mayor cantidad de avisos. Se relevaron los anuncios correspondientes a días de fin de semana de la segunda quincena de mayo. Los ofrecimientos sin indicación de precio fueron descartados.

Concebidos como un bien para preservar valor, hasta entonces los precios de los inmuebles habían procurado seguir la inflación. Pero la mayor disponibilidad de dólares resultante de la liberalización cambiaria, permitió a los vendedores tasar y vender sus propiedades en esa divisa para neutralizar el riesgo de una potencial devaluación. Las recurrentes crisis cambiarias que habían signado el derrotero económico argentino hasta esa fecha, hacían más atractiva a los propietarios la posibilidad de nominar en dólares sus inmuebles.

La ley de Normalización de Locaciones Urbanas impulsó este proceso. El incentivo a la construcción de propiedades para alquilar, implicó subestimar el carácter social de la vivienda y afirmar la consideración de los inmuebles como un activo de inversión alternativo. Además de obtener una renta por el alquiler, los inversores buscaban garantizar en el largo plazo el valor de esos activos. La dolarización de los precios permitía garantizar ese objetivo, y así reducir el impacto patrimonial de las fluctuaciones cambiarias.

De esta forma, la interacción de expectativas económicas, liberalización cambiaria y mercantilización de los inmuebles derivó en la rápida dolarización del mercado inmobiliario, la cual, exceptuando una breve retracción en la crisis económica de 1981/2, persiste en la Argentina hasta el día de hoy.

## El futuro de la dolarización inmobiliaria

A los efectos de contribuir a un debate sobre la desdolarización del mercado inmobiliario, nos parece relevante detenernos en dos cuestiones. Primero, contra las interpretaciones que suponen a la dolarización como un fenómeno inevitable o perpetuo, el caso argentino destaca por su excepcionalidad. Países vecinos que atravesaron por recurrentes crisis cambiarias como Brasil y Chile han evitado la dolarización de este mercado mediante la utilización de referencias monetarias indexadas al índice de precios como la *moneda indexada* o la *unidad de fomento* respectivamente (Barbosa, Valls Pereira y Mureb Sallum, 1995). Asimismo, en el caso local se trata de un proceso relativamente reciente resultante de causas precisas e identificables. Esto debería servir para evitar determinismos simples o fatalistas sobre la evolución económica de nuestro país, resaltando que la inflación no lleva necesariamente a la dolarización.

Segundo, si la interpretación oficial suele enfatizar el carácter cultural de la dolarización de las prácticas económicas en la Argentina, el caso analizado destaca la existencia de factores tanto culturales como materiales. “Pensar en dólares” es el resultado tanto de una configuración cultural que desdeña la moneda nacional, como de estrategias económicas de protección del valor de los activos construidas en base a expectativas fundadas en experiencias económicas traumáticas, que usualmente incluyeron bruscas devaluaciones de la moneda y que tuvieron consecuencias bien tangibles en la transferencia de la riqueza.

La desdolarización posible y deseable del mercado inmobiliario y las prácticas económicas en general, requiere promover cambios culturales y avanzar hacia la consolidación de un contexto macroeconómico equilibrado, en especial en lo relativo al tipo de cambio y la inflación. Se trata de objetivos de largo plazo y avance lento, que conviene iniciar como políticas de Estado en momentos de estabilidad y no como reacciones ante coyunturas económicas desfavorables.

## Bibliografía

Banco Hipotecario Nacional (1977). *Memoria y balance–1977*. BHN.

Barbosa, F., Valls Pereira, P. y Mureb Sallum, E. (1995). “A substituição de moeda no Brasil: a moeda indexada”. *Pesquisa e Planejamento Econômico*. Vol. 25, Nº 3.

Gaggero, A. y Nemiña, P. (2013). “Ladrillos verdes. El origen de la dolarización del mercado inmobiliario”. *Diario Página/12*, 24 de junio.

Oszlak, O. (1991). “Transformaciones en el Mercado de Vivienda Urbana”. En Oszlak, O. *Merecer la Ciudad: Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires, Hvmánitas.

Restivo, N. y Dellatorre, R. (2005). *El Rodrigazo, 30 años después: un ajuste que cambió al país*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

Schvarzer, J. (1998). *Implantación de un Modelo Económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000*. Buenos Aires, AZ Editora.

## ANEXO

### Imagen 1

Publicidades de la dictadura militar promocionando los eventuales beneficios de la Ley de Normalización de Locaciones Urbanas.

**Se alquila.**

Este cartel -antes tan familiar- formaba parte, hace años, de la "industria de la nostalgia". Durante treinta y cinco años una ley fundamentalmente "proteccionista" terminó con la construcción de casas para alquilar. Pero con la normalización de los alquileres, en poco tiempo más, veremos multiplicarse los carteles de SE ALQUILA y cada uno podrá haber la casa que élija. Eso también forma parte de la libertad. Y lo vamos a conseguir. Ya verá.

**Alquilar es elegir.**

Fuente: Revista Mercado, 15 de junio de 1978, pp. 33



Imagen 2

# No soy ejecutivo ni diplomático.

¿Entonces no puedo alquilar un departamento para casarme?  
Hasta ahora, realmente, era muy difícil.  
Una ley supuestamente "protectora" beneficiada a unos pocos en perjuicio de la mayoría.  
Nadie quería alquilar como no fuera en dólares.  
Nadie construía para alquilar porque era mal negocio.

Con la normalización de los alquileres se abre una nueva época.  
En poco tiempo más la oferta irá superando a la demanda y todos podrán elegir su vivienda.  
Ese es un derecho que forma parte de la libertad de cada uno.  
Y lo conseguiremos.  
Te vers.



**Alquilar es elegir.**

### Imagen 3

Clasificados del diario *La Nación* del 16 de julio de 1977, en el cual aparecen las primeras ofertas de propiedades en dólares.

**VARELA**

## GIMENEZ ZAPIOLA.

**AV. CALLAO y VICENTE LOPEZ**  
 Excelente lote de 10.000 m<sup>2</sup> en loteo de 100.000 m<sup>2</sup>. Se vende en loteo. Precio: \$1.000.000.  
**TOTAL \$ 1.000.000**

**AV. PUEYRREDON y MELO**  
 Excelente loteo de 10.000 m<sup>2</sup> en loteo de 100.000 m<sup>2</sup>. Se vende en loteo. Precio: \$1.000.000.  
**TOTAL \$ 1.000.000**

**BOTANICÓ**

## Beccar Varela

**P. DE MELO y AYACUCHO**  
 Excelente loteo de 10.000 m<sup>2</sup> en loteo de 100.000 m<sup>2</sup>. Se vende en loteo. Precio: \$1.000.000.  
**TOTAL \$ 1.000.000**

**AV. SANTA FE y BILINGHURST**  
 Excelente loteo de 10.000 m<sup>2</sup> en loteo de 100.000 m<sup>2</sup>. Se vende en loteo. Precio: \$1.000.000.  
**TOTAL \$ 1.000.000**

**GOEMES y AV. CANNING**

**ADMINISTRACION BECCAR VARELA**  
 Av. Libertador 1000 - Tel. 1000000

## El dólar, de Perón a CFK

SEBASTIÁN ACKERMAN

LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN (FSOC- UBA), ESPECIALISTA EN GESTIÓN DE LA EMPRESA PERIODÍSTICA (FSOC- UBA), DOCENTE E INVESTIGADOR DE LA FACULTAD.

ESTEBAN ACKERMAN

LICENCIADO EN CIENCIA POLÍTICA (FSOC- UBA), MAESTRANDO EN ECONOMÍA POLÍTICA (FLACSO).



## Los diferentes usos del dólar

El dólar se convirtió en eje de varios debates en la Argentina de los últimos tiempos. Sin embargo, este no es un efecto novedoso en nuestra historia. En ese sentido, cabe preguntarse por qué la moneda norteamericana suele ser el eje de varios intercambios de ideas de nuestro país. ¿Qué es lo que genera este fenómeno?

El dólar es la divisa de mayor aceptación mundial y cumplió diferentes roles (y, por lo tanto, tuvo diferentes comportamientos) ante cada “patrón de acumulación” (Basualdo, 2007) que se desarrolló en la historia argentina. Durante la etapa agroexportadora (1880-1940) se destinó al financiamiento del consumo suntuario de los sectores dominantes que eran, a su vez, los “generadores” de esas divisas como dueños de los campos.

En un repaso que no apunta a ser exhaustivo, sino a clarificar algunos puntos centrales, podemos ver que en los años '40 la Argentina inicia una nueva etapa que se conoce como de industrialización por sustitución de importaciones. Todo proceso de industrialización reconoce, en sus inicios, la necesidad de generación de divisas (sea por ventas al exterior o endeudamiento) para financiar la adquisición de maquinaria importada que todavía no produce. Este requerimiento conllevó una relación directa con el aumento de producto, o sea, a medida que aumentaba el PIB se requerían mayores importaciones. Al agotarse las divisas se generaron cuellos de botella que derivaron en fuertes devaluaciones. Esta salida generaba una caída del PIB por enfriamiento y menor demanda de insumos importados; por otro lado, un mayor estímulo a las exportaciones. Este comportamiento, conocido como ciclo de “stop and go”, fue la forma en que se administró un recurso escaso como las divisas. En este caso podemos ver que el comportamiento de la demanda de dólares obedece a la dinámica propia del proceso de industrialización y no al consumo, el ahorro o la especulación.

En el año '76 se inaugura una nueva etapa en la historia argentina. La demanda de dólares deja de tener una relación directa con el comportamiento del PIB. El nuevo patrón de acumulación fue llamado de “valorización financiera y ajuste estructural” (Basualdo, E., 2010) y estuvo signado por un cambio

estructural en la economía y en la sociedad. El eje ordenador de la nueva etapa fue la valorización financiera del capital que requirió de un diferencial de tasas interna e internacional. El mecanismo era el siguiente: el sector privado se endeudaba en el exterior, ingresaba los capitales y los colocaba a plazo en el mercado local a una tasa mayor. Una vez valorizado internamente, se fugaba el capital resultante. El resultado daba un saldo negativo en la balanza de pagos (que se cubría con el creciente endeudamiento externo público) ya que se pagaba la deuda contraída y se obtenía una ganancia como resultado final.

Para esto fue necesaria una modificación del sistema financiero y del mercado de capitales. Por un lado se adoptaron una serie de medidas liberalizadoras del sistema financiero (Allami y Cibils, 2010) y se eliminaron todos los controles de cambio instaurando la libre movilidad de capitales. Así el dólar pasó a jugar el rol de garantía en el proceso de endeudamiento-valorización-fuga.

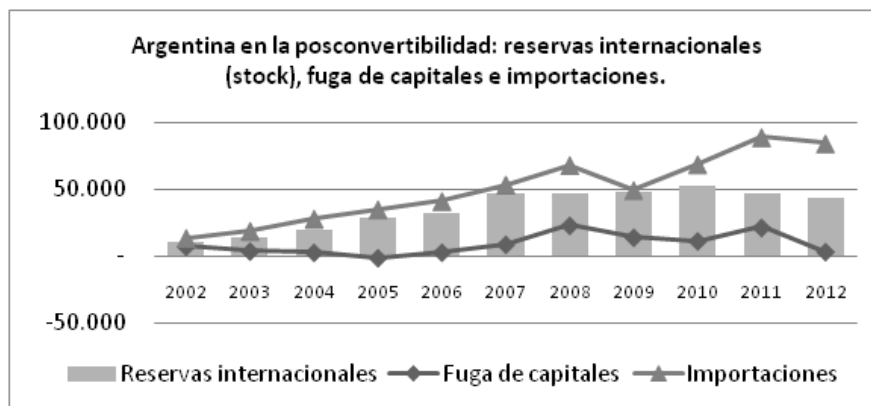
A su vez, en esta misma etapa (1976-2002) el dólar pasó a ser la reserva de valor más confiable para una parte de la sociedad. Este rol fue ocupado como consecuencia de los procesos hiperinflacionarios del '76, '83-'84 y, principalmente, '89-'90, cuando la moneda nacional perdió la característica del dinero de ser reserva de valor, ya que en algunos meses la variación de precios superó el 300%.

En la década del '90 logró "eliminarse" la inflación con la convertibilidad (luego de un cambio considerable de precios relativos favorable a los no transables). Paradójicamente, la estabilidad de precios implicó la profundización del plan iniciado por la dictadura: la valorización financiera obtuvo un seguro de cambio gratuito, eliminando el riesgo devaluatorio de la ecuación. A su vez, la liberalización total de la cuenta capital y del mercado cambiario se mantuvieron durante toda la etapa convertible. Consecuencia inevitable fue el crecimiento de la deuda externa, tanto privada (valorizadores) como pública ("garante" de la provisión de divisas).

## Deuda externa pública, privada y total

Durante la crisis de 2001 se alteraron todas las instituciones (políticas, económicas y sociales). Aun así, se mantuvo la libertad del mercado cambiario (con un nivel peligrosamente bajo de reservas).

La posconvertibilidad marcó el final de la valorización financiera y ajuste estructural a la vez que las políticas desarrolladas generaron un fuerte crecimiento del producto (y de la industria, destruida por el antiguo patrón de acumulación). Durante esta etapa las divisas del país (que crecieron fuertemente) financiaron el proceso de crecimiento (las importaciones tienen una relación directa, cíclica, con el PIB), el pago de deuda y a financiar la extranjerización de la estructura económica argentina (vía remisión de utilidades). Aún vigente la libertad en el mercado cambiario, en coyunturas políticas particulares (como por ejemplo una elección o una disputa particular con algún grupo de poder) se registraron fuertes corridas cambiarias. En estos casos, las divisas fueron utilizadas como forma de resolución del conflicto pero la sociedad pagó el costo con la pérdida de reservas.



Fuente: Elaboración propia con datos del INDEC y el BCRA.

Ante estas situaciones, combinadas con la crisis internacional (que afecta las exportaciones locales), se registró un amesetamiento en la acumulación de reservas (incluso caída desde el 2011). Eso llevó al gobierno a cerrar el mercado cambiario para atesoramiento, como forma de proteger un bien escaso de la sociedad en su conjunto y fundamental para cualquier proceso de desarrollo. Pero esa medida chocó contra un imaginario muy arraigado durante muchos años de neoliberalismo.

## El dólar en el imaginario neoliberal argentino

La pregunta que orienta estas reflexiones es: ¿por qué el dólar ocupa el sitio privilegiado que ostenta hoy en amplios sectores urbanos? A nuestro entender, las diversas formas de organización (y práctica) social en torno a los postulados del neoliberalismo juegan un papel central en este nuevo tipo de valoración del dólar como emblema: es que la versión nova del liberalismo trocó su corazón del sistema de producción en la economía real al desarrollo y consolidación de la financiarización del sistema productivo que ya poco se preocupa por la producción y se interesa principalmente por los flujos de capitales.<sup>1</sup>

Un gran triunfo cultural del neoliberalismo fue el de hacer equivalentes libertad —en un sentido amplio— y libre mercado. ¿Qué queremos decir con esto? Que no hay un pueblo libre, elecciones libres, prensa libre, individuos libres si el mercado no es regulado por... sí mismo. Y en esa equivalencia, el dólar es el elemento intercambiable por cualquier cosa que se presente en ese mercado —de esta manera, llega a convertirse en el equivalente universal de la libertad. Este carácter de equivalente del dinero, en tanto mercancía específica, ya lo planteó Karl Marx en *El Capital*, señalando que no era un descubrimiento propio, que la “Economía Política Clásica” (Adam Smith y David Ricardo como sus “mejores expositores”) ya lo habían visto. Pero remarcando que había algo que a ellos se les había escapado: el carácter *histórico* de esa equivalencia (en tanto específica de la forma de producción capitalista). Así, al establecer límites a la libre adquisición del dólar, al estipular un control de cambio sobre la moneda extranjera *en tanto mercancía*, el sentido común ubicó bajo el control estatal no a una divisa extranjera, sino a lo que el dólar vendría a representar en el imaginario de los sectores sociales formados al calor del neoliberalismo: a la libertad misma.

---

<sup>1</sup> No decimos con esto que el capitalismo, en su versión neoliberal, dejó de producir, sino que su característica distintiva es, ahora, el sistema financiero. El desarrollo de este postulado excede el fin de este artículo.



Argentina es el país con más dólares per cápita circulando del continente, después de Estados Unidos. Como lo señala Alfredo Zaiat en sus columnas en el diario *Página/12*, en Brasil cada persona tiene en promedio 6 dólares en billetes; en Argentina, 1.300, según el registro oficial de 2005, y en 2012 habría alcanzado el récord de 2.000 dólares per cápita. Los principales argumentos para sostener la adquisición de dólares en una economía acostumbrada a los cambios bruscos como la argentina en los últimos 40 años, aunque no sea el único país que haya sufrido crisis de este tipo, apuntan al aspecto racional de la economía desde una perspectiva neoliberal: cuidar los ahorros, protegerse frente a la inflación, asegurarse una ganancia. Sin embargo, en la posconvertibilidad la tasa de devaluación del dólar es menor, incluso, a la de plazos fijos en pesos, bonos o acciones.<sup>2</sup> Ese efecto racionalizador del significado de la práctica efectiva es retroactivo respecto de las causas inconscientes que lo sostienen, los argumentos en defensa de la “libertad” (individual, por supuesto) de comprar dólares libremente en el mercado se constituyen retroactivamente, es decir hacia atrás en la cadena significativa, a partir de organizar esa cadena significativa a través de lo que el filósofo Slavoj Žižek —retomando a Jacques Lacan— llama un “significante amo”, que en este caso sería *Neoliberalismo* —y desde allí, por supuesto, entender la libertad (¿y dónde se puede medir el “índice de libertad”? En el mercado...).

Por supuesto, esta posición teórica implica un antiesencialismo radical, ya que al plantear la idea de que el sentido se produce a partir de una articulación que tiene un efecto retroactivo, nos alejamos de las posturas que sostienen que ese sentido se encuentra en el origen. ¿Por qué es un antiesencialismo? Porque todo esencialismo plantea, más allá de diferencias entre distintas líneas, un sentido primigenio que le pertenece a la cosa de manera inmanente y es inmodificable por el hombre o por cualquier instancia histórica. Podríamos decir: el esencialismo dice que las cosas son lo que son, y siempre fueron (y serán) así.

Este efecto retroactivo del sentido se produce, dice Žižek, a partir de organizar el sentido de cualquier sintagma, acción o práctica social desde un “punto de acolchamiento” específico, que reorganiza

---

<sup>2</sup>No tomamos en cuenta aquí la posibilidad de vender dólares comprados antes del control de cambios en el mercado ilegal, ya que no es una opción de inversión que pueda planificarse.

en una dirección particular la significación que pueda tener esa frase o hecho social. Este significante amo, entonces, es el lugar en el cual el sujeto se constituye en el mundo, haciendo carne esa perspectiva ideológica en tanto visión y valoración del mundo.

El proceso se da siempre *hacia atrás*, de manera retroactiva, en tanto el sentido siempre se produce a posteriori: por decirlo de alguna manera, primero sucede (el discurso, el hecho, la práctica) y después significa (de acuerdo con qué significante amo detengamos ese fluir de posibles significaciones). Podemos pensar como ejemplos de estas operaciones en las diferentes interpretaciones que pueden hacerse respecto de aquellas frases o conceptos que se definen de acuerdo al contexto en el cual se articulen: “justicia”, “libertad”, “seguridad”, “democracia”, pero también “gobernar bien” o “vivir mejor”. No es lo mismo pensarlos desde el neoliberalismo, el socialismo, el comunismo, pero tampoco desde el ecologismo o el feminismo (por mencionar algunos posibles significantes amo que sean fáciles de identificar).

Esta especie de punto de vista inconsciente es donde, explica el esloveno, se apoya lo que en psicoanálisis se conoce como el fenómeno de la *transferencia*, por la cual se produce la ilusión de que el sentido de un discurso, hecho o práctica estaba presente allí desde el principio, cuando en realidad, como vimos, se fija retroactivamente. Y señala que la relación entre la ilusión de la transferencia y la operación de acolchamiento retroactivo tiene éxito, es decir logra consolidar un significado, en la medida en que borra sus propias huellas: esta producción retroactiva de sentido es efectiva cuando desconocemos este proceso, cuando organizamos nuestro pensamiento y nuestras prácticas *como si el sentido hubiera estado siempre allí, desde el comienzo*. Y esto es central porque, en tanto sujetos sociales, actuamos en el mundo de acuerdo a los significados que le asignemos a los distintos elementos que conviven en él.

En otras palabras: la significación que adquiere un elemento articulado bajo un significante amo es una “autoevidencia”, en el sentido de que aparece como siempre-habiendo-estado-allí. De esta manera, se construye lo que podemos llamar sentido común: son aquellas verdades que no necesitan de explicación, porque serían ellas mismas *su propia explicación*. Es un efecto tautológico: la explicación de una verdad de estas características es su propia enunciación, ya que al enunciarlas se asume de antemano que todos entendemos lo mismo, y por lo tanto se constituyen en verdad siempre antes de su justificación—y es siempre antes, porque un análisis o justificación desarma esa autoevidencia.

El efecto de acolchamiento sobre la libertad desde el neoliberalismo, acolchamiento que permite incluso representar *todas las libertades a través de la libertad de mercado*, aparece como siempre-estando-allí, con un efecto de deshistorización radical en tanto (también de manera retroactiva) hace intercambiables todas las etapas históricas por el presente: ya no “todo tiempo pasado fue mejor” sino “todo tiempo pasado... fue el mismo”. Este proceso puede describirse en los términos en los que Marx planteó que todos los hombres y mujeres que concurren al mercado a comprar mercancías, en realidad lo que están haciendo es equiparando trabajo humano abstracto: “No lo saben, pero lo hacen”, y convierten a todo producto del trabajo en un “jeroglífico social” del que su desentrañamiento, señala Marx, “en modo alguno elimina su forma de cosa” (Marx, 2010). Esa misma conversión en jeroglífico de toda mercancía es lo que nos permite analizar el jeroglífico *dólar*, mercancía entre las mercancías. Y arriesgar que lo que hoy muchos no saben, pero lo hacen es pasar de equiparar trabajos disímiles en el mercado a través del precio (y el dinero) en un capitalismo liberal (basado en la producción y el intercambio de mercancías), a sostener la ilusión transferencial libertad de mercado=libertad (en general) a través de la libre compra de dólares.

Y el punto aquí está, entendemos, en un señalamiento que hizo Zizek respecto del elemento que permite sostener la ilusión de libertad en el mercado. El autor se pregunta respecto de qué lado es el que sostiene esa ilusión: ¿la del saber o la del hacer? Responde: está del lado del *hacer* (Zizek, 2003). *Actuamos como si no supiéramos las consecuencias de nuestros actos, como si fuéramos sujetos libres, de razón, que sólo buscamos el propio beneficio, y así colaboraríamos con el beneficio social —la mano invisible del mercado.*

Como desarrollamos más arriba, la transformación del dólar como mercancía y los fines o funciones que cumplía en diversas etapas históricas en nuestro país, ofrece a la mirada analítica un contrapunto entre lo social/colectivo y lo individual: la dolarización de la economía (y la libre circulación de dólares) desbarata toda posibilidad de planificación social de la economía (perspectiva social de la circulación) en favor de las “libertades individuales” del libre mercado, señalando la paradoja de que la “libertad absoluta” de circulación de bienes en el mercado socava la posibilidad de una planificación y utilización social de esos bienes. Pérdida de soberanía en beneficio de los sectores acomodados.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> No queremos decir con esto que todos los que tengan o puedan comprar dólares pertenezcan a la oligarquía o los sectores dominantes. Esta

¿Qué es lo que el control de cambio —en todas sus facetas: restricción a la compra de moneda extranjera, permiso para hacerlo, impuesto a la compra en el exterior con tarjeta de crédito o débito— “altera” en la vida cotidiana? Justamente, ese imaginario de clase que equipara libertad (en su máxima abstracción, porque ¿qué es la libertad?) a libre circulación de mercancías. Es paradójico, cuanto menos: una de las principales funciones que cumplía (y sigue cumpliendo, más ahora) la posibilidad de comprar dólares era la de señalar una distinción, una distancia que existe entre quienes pueden y quienes no, sobre todo entre lo que Pierre Bourdieu llama “el pequeño-burgués” (Bourdieu, 2012) (con criterios aspiracionales e identificatorios con los sectores dominantes) y los sectores populares, para decir “nosotros no somos parte de eso” de manera material y simbólica.

Cuando lo material deja de ser el signo de la distancia (vacaciones, computadora, automóvil), lo simbólico ocupa ese lugar (“capacidad de ahorro”: comprar dólares para atesorar, sin un fin específico/inmediato). La supuesta pregunta formulada por Perón “¿Alguien vio alguna vez un dólar?” dice mucho más de lo que pregunta: ¿para qué querríamos ver un dólar, si “sirve” para cumplir objetivos de Estado, es decir, de la comunidad? Su función es colectiva, su apropiación es social; no se es más o menos libre por la cantidad de billetes que se posea. En cambio, medio siglo después es el símbolo de la libertad individual: ausente el Estado o, mejor dicho, presente en otras formas, la apropiación de la divisa es individual, incluso en contra (perjudicando) a la comunidad.

La compra de dólares, así, se convierte en una acumulación sin fin, en su doble sentido: por un lado, nunca es suficiente (o su reverso positivo: siempre se puede acumular más); y por el otro, no tiene un destino previsto de antemano, más allá de la acumulación por la acumulación.<sup>4</sup> Pero además, se trata de una acumulación que no tiene destino productivo o incluso de circulación, sino que más bien parece destinada a fines especulativos, característica, a nuestro entender, del carácter “neo” del liberalismo.

---

definición se realiza, antes bien, con criterios teóricos y analíticos.

<sup>4</sup> No desconocemos que, en algunos casos particulares, pueda tener un fin prefijado: la compra de un inmueble, un viaje o cuestiones similares. Pero a los fines del presente artículo, creemos que esos casos son por un lado los menos representativos y, por el otro, los que menos reflexiones habilitan.

## Bibliografía

Allami, C., Cibils, A. (2010). "Desde la reforma de 1977 hasta la actualidad". En revista *Realidad económica*, N° 249. Buenos Aires, IADE.

Basualdo, E. (2010). *Estudios de historia económica argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

----- (2007). "Concepto de patrón o régimen de acumulación y conformación estructural de la economía". En Flacso, marzo 2007. [http://www.flacso.org.ar/uploaded\\_files/Publicaciones/mep\\_dt01.pdf](http://www.flacso.org.ar/uploaded_files/Publicaciones/mep_dt01.pdf), visitado el 18/7/2013.

Bourdieu, P. (2012). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Tusquets.

Marx, K. (2010). *El capital. Tomo I/Vol. I*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Zaiat, A. "Drogadólar dependiente". En diario *Página/12*. Buenos Aires, 3 de junio de 2012.

Zaiat, A. "Por qué, cuántos y quiénes compraron". En diario *Página/12*, Buenos Aires, 4 de noviembre de 2012.

Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires, Siglo XXI.



# SOCIALES en DEBATE 05

Otros títulos de la colección  
*Sociales en debate*

---

Interrupción voluntaria del embarazo

La problemática habitacional en la Ciudad de Buenos Aires

Seguridad democrática

Trata de personas





# UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Decano

**Sergio Caletti**

Vicedecana

**Adriana Clemente**

Secretaria Académica

**Stella Martini**

Secretaria de Gestión Institucional

**Mercedes Depino**

Secretaria de Proyección Institucional

**Shila Vilker**

Secretario de Cultura y Extensión Universitaria

**Alejandro Enrique**

Secretaria de Hacienda y Administración

**Cristina Abraham**

Secretaria de Estudios Avanzados

**Mónica Petracci**

## DIRECTORES DE CARRERA E INSTITUTOS

Ciencia Política: **Luis Tonelli**

Ciencias de la Comunicación: **Glenn Postolski**

Relaciones de Trabajo: **Stella Escobar**

Sociología: **Alcira Daroqui**

Trabajo Social: **Ana Arias**

Instituto de Investigaciones Gino Germani: **Carolina Mera**

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe: **Mabel Thwaites Rey**





